

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII

San José, Costa Rica

1940

Sábado 6 de Abril

Núm. 9

Año XX — No. 889

En este número:

José Martí (1895)..... *Juan Ramón Jiménez*
Cuatro poemas..... *Alberto Velázquez*
Biblioteca Obrera Circulante.....
QUÉ HORA ES?.....
Relaciones del trabajo intelectual
con el corporal..... *Carlos Vaz Ferreira*
Mi escuela. Mi jardincito..... *Benito Lynch*
Esta América de sangre cálida..... *Luis G. Nuila*
Musa proletaria..... *Emilio Quintana*
Anécdotas..... *Eduardo Carreño*

La vanidad y el talento de Vargas Vila *Manuel Ugarte*
La filosofía social de Carlos Vaz Ferreira *Alfonso Reyes*
TOME Y LEA...
Una visión de una Centroamérica superior..... *V. Rodríguez Beteta*
Federico García Lorca..... *F. García Lorca*
Grito hacia Roma.....
CABOS SUELTOS
Los Molinos de viento..... *José Ortega y Gasset*
Estoy con ustedes..... *Armando Solano*

José Martí

(1895)

(Colaboración para el Rep. Amer. Del libro en prensa: *Espanoles de tres mundos*)

Hasta Cuba, no me había dado cuenta exacta de José Martí. El campo, el fondo. Hombre sin fondo suyo o nuestro, pero con él en él, no es hombre real. Yo quiero siempre los fondos de hombre o cosa. El fondo me trae la cosa o el hombre en su ser y estar verdaderos. Si no tengo el fondo, hago el hombre trasparente, la cosa trasparente.

Y por esta Cuba verde, azul y gris, de sol, agua o ciclón, palmera en soledad abierta o en apretado oasis, arena clara, pobres pinillos, llano, viento, manigua, valle, colina, brisa, bahía o monte, tan llenos todos del Martí sucesivo, he encontrado al Martí de los libros suyos y de los libros sobre él. Miguel de Unamuno y Rubén Darío habían hecho mucho por Martí, porque España conociera mejor a Martí (su Martí, ya que el Martí contrario a una mala España inconciente, era hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí). Darío le debía mucho, Unamuno bastante; y España y la América española le debieron, en gran parte, la entrada poética de los Estados Unidos. Martí, con sus viajes de destierro (New York era a los desterrados cubanos lo que París a los españoles) incorporó los Estados Unidos a Hispanoamérica y España, mejor que ningún otro escritor de lengua española, en lo más vivo y más cierto. Whitman, más americano que Poe, creo yo que vino a nosotros, los españoles todos, por Martí. El ensayo de Martí sobre Whitman, que inspiró, estoy seguro, el soneto de Darío al «Buen viejo», en «Azul», fué la noticia primera que yo tuve del dinámico y delicado poeta de «Arroyuelos de otoño». Si Darío había pasado ya por New York, Martí había estado). Además de su vivir en sí propio, en sí solo y mirando a su Cuba, Martí vive (prosa y verso) en Darío, que reconoció con nobleza, desde el primer instante, el legado. Lo que le dió, me asombra hoy que he leído a los dos enteramente. ¡Y qué bien dado y recibido!

Desde que, casi niño, leí unos versos de Martí, no sé ya dónde:

«Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!

«pensé» en él. No me dejaba. Lo veía entonces como alguien raro y distinto, no ya de nosotros los españoles sino de los cubanos, los hispanoamericanos en general. Lo veía más derecho, más acerado, más directo, más fino, más secreto, más nacional y más universal.



José Martí en 1892

Ente muy otro que su contemporáneo Julián del Casal (tan cubano, por otra parte, de aquel momento desorientado, lo mal entendido del modernismo, la pega) cuya obra artificiosa nos trajo también a España Darío, luego Salvador Rueda y Francisco Villaespesa después. Casal nunca fué de mi gusto. Si Darío era muy francés, de lo decadente, como Casal, el profundo acento indio, español, elemental de su mejor poesía, tan rica y gallarda, me fascinaba. Yo he sentido y espresado, quizás, un preciosismo interior, visión acaso esquisita y tal vez difícil de un proceso psicológico, «paisaje del corazón», o metafísico, «paisaje del cerebro; pero nunca me conquistaron las princesas exóticas, los griegos y romanos de medallón, las japonerías «caprichosas» ni los hidalgos «edad de oro». El modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior. No, Martí fué otra cosa, y Martí estaba, por esa «otra cosa», muy cerca de mí. Y, cómo dudarlo, Martí era tan moderno como los otros «modernistas» hispanoamericanos.

Poco había leído yo entonces de Martí; lo suficiente, sin embargo, para entenderlo en espíritu y letra. Sus libros, como la mayoría de los libros hispanoamericanos no impresos en París, era raro encontrarlos por España. Su prosa, tan española, demasiado española acaso, con exceso de jiro clasicista, casi no la conocía. Es decir, la conocía y la gustaba sin saberlo, porque estaba en la «crónica» de Darío. El «Castelar» de Darío, por ejemplo, podía haberlo escrito Martí. Sólo que Martí no sintió nunca la atracción que Darío por lo español vistoso, que lo sobrecojía, fuera lo que fuera, sin considerarlo él mucho, como a un niño provinciano absorto. Darío se quedaba en muchos casos fuera del «personaje», rey, obispo, jeneral o académico, deslumbrado por el rito. Martí no se entusiasmó nunca con el aparato externo ni siquiera de la mujer, tanto para Martí (y para Darío, aunque de modo bien distinto). El único arcaísmo de

Martí estaba en la palabra, pero con tal de que significara una idea o un sentimiento justos. Este paralelo entre Martí y Darío no lo hubiese yo sentido sin venir a Cuba. Y no pretendo, cuidado, disminuir en lo más mínimo, con esta justicia a Martí, el Darío grande, que por otros lados y aún a veces por los mismos, tanto admiro y quiero, y que admiró, quiso y confesó tanto (soy testigo de su palabra hablada) a su Martí. La diferencia, además de residir en lo esencial de las dos existencias, estaba en lo más hondo de las dos experiencias, ya que Martí llevaba dentro una herida española que Darío no había recibido de tan cerca.

Este José Martí, este «Capitán Araña», que tendió su hilo de amor y odio nobles entre rosas, palabras y besos blancos, para esperar al destino, cayó en su paisaje, que ya he visto, por la pasión, la envidia, la indiferencia quizás, la fatalidad sin duda, como un caballero andante enamorado, de todos los tiempos y países, pasados, presentes y futuros. Quijote cubano, compendia lo espiritual eterno, y lo ideal español. Hay que escribir, cubanos, el «Cantar» o el «Romancero de José Martí», héroe más que

ninguno de la vida y la muerte, ya que defendía «esquisitamente» con su vida superior de poeta que se inmolaba, su tierra, su mujer y su pueblo. La bala que lo mató era para él, quién lo duda, y «por eso». Venía, como todas las balas injustas, de muchas partes feas y de muchos siglos bajos, y poco español y poco cubano no tuvieron en ella, aun sin quererlo, un átomo inconciente de plomo. Yo, por fortuna mía, no siento que estuviera nunca en mí ese átomo que, no correspondiéndome, entró en él. Sentí siempre por él y por lo que él sentía lo que se siente en la luz, bajo el árbol, junto al agua y con la flor considerados, comprendidos. Yo soy de lo estático que cree en la gracia perpetua del bien. Porque el bien (y esto lo dijo de otro modo Bruno Walter, el músico poeta puro y sereno, desterrado libre, hermano de Martí y, perdón por mi egoísmo, mío) lo destronan «en apariencia» los otros; pero no se destruye «seguramente», como el mal, a sí mismo.

(1933)

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Con un cariñoso abrazo, amigo mío, extraordinario Joaquín García Monge, «voluntad de... corazón». J. R. J.)

Cuatro poemas

(Colaboración para el Rep. Amer. Guatemala R. de G.)

Musa del aire

I

Fue en un jardín donde las mariposas juegan con las campánulas votivas y donde al ritmo de acrobacias vivas el agua tañe flautas veleidosas.

Quitándote las gasas vaporosas, musa del aire, desnudándote ibas; y bajo las palmeras pensativas pudieron ser las imposibles cosas.

Te me diste de modo tan abstracto y forma tal de espíritu en la entrega, como polen de cándidos luceros.

Fue la hora azul transición del acto, y tras la comba de la dicha ciega la realidad recuperó sus fueros.

II

Dorada gruta en que se abrió el milagro del éxtasis del éter en la arcilla; dorada gruta de la maravilla del infinito en recipiente magro.

La adamantina beatitud del agro resume el ojo que en la fuente brilla cuando en el ara de la azul capilla la mirra del recuerdo te consagro.

No se empañó en tus labios la sonrisa, —luz vagarosa de tu faz serena— al emprender, inexorable, el vuelo.

Musa del aire hermana de la brisa, no me dejaste ni saudad ni pena, sino una afinidad de tierra y cielo.

III

Viña de la emoción cuyos racimos su miel acendran en el huerto obscuro; cuando traspone el valladar o el muro, que se escapó a la realidad decimos.

Al almo rosicler sórdidos limos oponen larvas del instinto impuro. De aquel vivero del edén futuro los dos ilesos de baldón salimos.

Musa del aire que a la luz del día diste al idilio tu expresión más leve, embebecida en el sutil beleño;

yo no podré olvidar que fuiste mía donde una casta emperatriz de nieve rige la ignota dimensión del sueño.

(1940)

Fuente sellada

Oh tú, que tienes en tu ser gozosas rosas del virgen humus de la infancia, qué bien estás, mecida en la fragancia de un no querer saber sino tus rosas.

Ingrávida, de espaldas a las cosas y en clave de una mística ignorancia, no ves al genio del esplín, que escancia dulce veneno en ánforas dolosas.

Y hay un gozo sutil en tu sosiego, un lumínar celeste en tu penumbra y una inquietud abscondita en tu calma.

Perdurable candor de un niño ciego que lo mismo se abisma que se emcumbra en los vuelos aligeros del alma.

II

Dulce heroísmo de quemarte pura y de armar como el incienso aroma. Virtud que encierra en la carnal redoma tendencia y gracia de buscar altura.

Casto aún en la erótica ventura, lucero albar con alas de paloma, sabes a miel de la acendrada poma que en las colinas del edén madura.

En tu misterio tibio y palpitante mostróme un dios el cáncido camino que va al país que en el ensueño existe,

como una ciudadela de diamante entre el arroyo del amor divino y el holocausto de la carne triste.

III

Llama sobre el pavés estremecida cuyo temblor es ímpetu de vuelo. Húmedo trampolín de terciopelo que me das la ascensión en la caída.

En las horas humildes de la vida, cuando el aura es lebril y el cielo es cielo, canta mi corazón tu ritornelo, gasa de luz sobre la entraña herida.

Ángel que te aligeras las cadenas y ocultas en los giros de la danza el dolor de tu círculo pequeño;

tus pies alucinados son falenas, tus muslos cordilleras de esperanza y tus manos velívolos de ensueño.

(1940)

Elogio de una mujer determinada

«Sabía de ciencia antigua la sonrisa»
RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

I

Desciendes del país de la canela donde las auras lamen dulcedumbres y donde a filo de lontanías cumbres de la esperanza el espejismo riela. Desciendes de una tribu bisabuela que, a los vaivenes del azar sumisa, flota en el tiempo y el espacio a guisa de leve enseña de la estirpe humana y cruza en la doliente caravana, sabía de ciencia antigua la sonrisa.

II

Hay pátina de siglos en el beso que tiembla y se detiene entre tus labios. Hay en tu acento nómades resabios, matices de quien viene de regreso de un lento y hondo y ancestral proceso de sed que aguza y de dolor que avisa. Tienes la voz con que la profetisa desvelaba el oráculo de hinojos, quintaesencia de espíritu en los ojos, sabía de ciencia antigua la sonrisa.

III

Dátil de amor, de amor en los adueros fuiste aprendiendo la lección un día, tórtola de la tierna cetrería con que el varón endulza sus pesares. Ya eras en el Cantar de los Cantares la hermana de la nébula y la brisa, la luz que entre las lágrimas se irisa, la miel para el amante zahareño a quien le hacías desfruncir el ceño, sabía de ciencia antigua la sonrisa.

IV

Eres cisterna de silencio arcano, linfa que entre las sombras se decanta, vaho que de recóndita garganta sahuma un globo de cristal gitano. Tiendo ante ti el enigma de mi mazo para que leas la expresión concisa de un alma errante que llevaba prisa cuando te halló en las eses del camino, equilibrada en tu temblor divino, sabía de ciencia antigua la sonrisa.

V

La soledad en que la vida pasas para ti está poblada de rumores. Palio de los monólogos mejores cerca del mar y lejos de las casas, mortaja de ceniza de tus brasas, custodia de oro de la abstracta misa en que el bíblico Dios se te precisa, la soledad oliente a hierbabuena te deja el alma límpida y serena, sabía de ciencia antigua la sonrisa.

Elegía del madrigal que se quedó desnudo

«Lágrima antes enjuta que llorada».
GÓNGORA.

I

Ráfaga azul del frío y ancho viento
que vienes a peinar mi oculta llama,
tu fluído en mi semblante se derrama,
mordaza de cristal de mi lamento.
Para desquite de mi mal momento
me hunde su filo tu intangible espada,
y en vez de darme muerte la estocada
me recobra, levanta y reconcilia
de aquella recatada en la vigilia
lágrima antes enjuta que llorada.

II

El madrigal que se quedó desnudo
con pies descalzos mendigando amores,
erraba por los diáfanos alcores
con una sola rosa por escudo.
Ciego del ojo y ciego más del nudo
de su trémula voz estrangulada,
ponía la intención de la mirada
del lado de la lumbre alucinante
y en sus cuencas un eco de diamante,
lágrima antes enjuta que llorada.

III

La peregrina emanación del nardo
y de la rosa la inefable esencia

van hacia ti al país de la ausencia
donde se eleva tu torreón gallardo,
del niño arquero inaccesible al dardo,
Psiquis en tu ilusión amortajada.
En el gélido elixir de la nada
cobra embriaguez el genio del otoño,
y es de ternura apenas el retoño
lágrima antes enjuta que llorada.

IV

En carne viva se quedó temblando
la urente jabalina del recuerdo,
saeta cruel de sagitario izquierdo,
duro al ensueño y al amor nefando.
Ya no sé cómo ni concibo cuándo
te me perdiste en la quietud lunada;
sé nada más que en cósmica almohada
despeinas rus undívagos cabellos
y que no llega a rutilar en ellos
lágrima antes enjuta que llorada.

V

En polo astral te embalsamó la muerte
tras apagar tu luz en la espelunca,
y en arrobos idílicos más nunca
las madre selvas volverán a verte.
Dolor agudo para el alma fuerte,
pavura de una ley jamás violada,
diente del absoluto y de la nada
que muerde humano vórtice de fuego,
y al fin, estéril síntesis del ruego,
lágrima antes enjuta que llorada.

ALBERTO VELASQUEZ

(1940)

Biblioteca Obrera Circulante

Palabras del ciudadano JOSÉ RAFAEL
POCATERRA, Ministro del Trabajo y de
Comunicaciones, en el momento de
inaugurar la Biblioteca Obrera Circu-
lante del Despacho aludido.

Al declarar inaugurada la Biblioteca Obrera Circulante del Ministerio del Trabajo y de Comunicaciones—en este mismo recinto y en esta propia estantería—cumplí el deber de expresar una doble satisfacción: la del acto de presencia del obrero aquí, donde tiene asiento su deber, justicia su derecho y lugar su amparo; y la de haber reservado el destino al Ministro que habla, poder conmemorar en las horas previas de la agonía del Gran Obrero de la libertad americana otro 17 de diciembre, ya lejos en el tiempo pero cada vez más cerca de nuestro corazón, con este acto sencillo y honesto, la fecha de tristeza insigne.

Obreros del andamio, de la forja, del banco donde se desbasta la materia bruta y no del que abastece el arca avara—gente ruda y buena que más parece procreada por el sudor de la fatiga que por el placer consumado—en esos estantes os aguardan, arrin- glerados, los libros que otros obreros de la vigilia y del estudio prepararon para la hora del ilustrar, de esclarecer, de guiar a sus hermanos del campo y del taller.

Yo llevaré al ánimo del Primer Magistrado y de mis colegas del Ejecutivo Federal la noticia de que en el Ministerio del Trabajo se ha premiado el esfuerzo del hombre que trabaja; y cuando en este mismo edificio continúen mañana nuestras labores, la noción de que aquí mismo el obrero lee y estudia ha de ser un incentivo mayor, ya que en cierto modo la voluntad de instruirse es nuestro mejor estímulo y el esfuerzo de lograrlo nuestra mayor recompensa.

Obreros de Caracas y de Venezuela, ésta es vuestra Biblioteca: estáis en vuestra casa.

(De Trabajo. Boletín del Obrero Venezolano. Caracas, Diciembre de 1939).

Su Biblioteca

Libros que pueden interesarle

Juan Bautista Alberdi: <i>Páginas de juventud</i>	\$ 3.50
Alone: <i>Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo XX</i>	3.00
Leonidas Andreiev: <i>Hacia las estrellas</i> (Drama).....	2.00
Alberto T. Arai: <i>Voluntad cinematográfica</i>	2.50
German Arciniegas: <i>El estudiante de la mesa redonda</i>	2.50
R. Brenes Mesén: <i>En busca del Grial</i> (Antología).....	4.00
Dr. Decroly y G. Boon: <i>Iniciación general al Método Decroly y ensayo de aplicación a la Escuela Primaria</i>	3.00
Louis de Broglie: <i>La Física nueva y los cuantos</i>	7.00
Maruja Mallo: <i>La popular en la plástica española, a través de mi obra</i>	3.00
Fernando Sainz: <i>El Método de Proyectos</i>	2.50
Benjamín Franklin: <i>El libro del Hombre de Bien</i>	3.50
Jean Lhermitte: <i>Los mecanismos del cerebro</i>	7.00
Carlos Cossio: <i>La plenitud del orden jurídico y la interpretación judicial de la Ley</i>	5.00

Los halla en THE GIFT SHOP,
en la Avenida Central, contiguo
a la Botica Nueva de Mariano
Jiménez. - Correos: Apto. 531.
Calcule el dólar a \$ 5.00.

El caso de Belltov

¿Qué hizo Belltov en el transcurso de esos diez años?

Todo, o casi nada.

¿Qué es lo que hizo?

Nada, o casi nada.

Todos saben que cuando los niños prometen mucho es señal de que raramente lo cumplen. ¿Por qué así? Tal vez las fuerzas del hombre se desarrollan de modo que si exigimos demasiado de ellas en la niñez, se pierden para la edad madura. La cuestión es muy sabia. Yo, sin embargo, ni sé ni quiero dar respuesta; mas creo que la solución debe buscarse en la atmósfera que nos rodea, en el ambiente en que vivimos, en la influencia mutua que ejercen las personas y las cosas más bien que en cualquiera razón de la organización psicológica del hombre. Sea como fuere, también se cumplió esa ley en Belltov. Belltov, con sus violencias juveniles y sus sueños mal fundados, revolvióse contra lo que le rodeaba; no quería de ningún modo convertirse en un obrero intelectual; como decía con elocuencia Osip Evsieich, fué víctima de sus ideales y, como ocurre con frecuencia, sus nobles impulsos resultaron infructíferos.

(De A. I. Guersten, en la novela
¿Quién es culpable? Espasa.
Calpe, Madrid 1931).

*

Este apólogo...

No es posible negar, sin embargo, que los alquimistas hayan realizado muchos descubrimientos y prestado verdaderos servicios a los hombres; pero se les puede también aplicar este apólogo del viejo que lega a sus hijos un tesoro enterrado en una viña, aparentando ignorar el sitio en que a punto cierto está; los hijos se dan buena traza en cavar la viña con sus propios brazos; el oro no aparece, pero de aquel trabajo nace una rica cosecha.

(Lo cita Lord Bacon en *Nuevo Organon*. «Biblioteca Económica Filosófica». Madrid. 1892).



QUÉ HORA ES ...?

(Lecturas para maestros. Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones.)

Relaciones del trabajo intelectual con el corporal

(Páginas de la obra: *Sobre los problemas sociales*, Editorial LOSADA, Bs. Aires, 1939.

...Pero, sin perjuicio de esa discusión, el acuerdo debía ser, moral e intelectualmente, forzoso, de un lado, en cuanto al trabajo puro—«todo él»—para respetarlo; del otro, en cuanto al no trabajo, para combatirlo.

Pero no ocurre así; y «sobre esto pido la mayor atención»:

No ocurre así; sino que, por un lado, se manifiesta de hecho la tendencia, consciente o inconsciente, formulada o no, de los revolucionarios, a «atacar todo lo que no sea trabajo manual», trabajo corporal, incluyendo entre lo que atacan, al intelectual englobado con el trabajo impuro y el parasitismo (*). Y, por otro, tendencia de los conservadores «a defender todo eso también junto»; en grueso: a defender, englobados, confundidos, al trabajador intelectual, al capitalista, industrial o comerciante, y al nudo heredero, todos juntos!

Ahora bien: si, en momentos como los actuales, un hombre, centenares, millares de hombres, se dedicaran a no explicar más que eso, a no escribir, ni decir, más que eso, todos los días, a todo el mundo, serían vidas bien empleadas. Lo que pasa es absurdo, y lo que puede pasar, espantoso.

Los revolucionarios, en su psicología gruesa, engloban a un descubridor científico con un yerno de rico, y los atacan juntos.

Los conservadores los engloban igualmente, y los defienden juntos!

Y, entonces, no es paradoja decir que (en ese plano grueso, que es el de acción y combate) revolucionarios y conservadores tienden a cometer «el mismo» error, «la misma» confusión (en el hecho; en lo que tiende a ser acción).

Y, mientras sea así, no pueden los hombres sinceros fijarse y hacer pie para la lucha.

Muchas manifestaciones del espíritu revolucionario nos hieren, o nos repugnan: la violencia, la ininteligencia; el ataque global a todo lo existente: a lo bueno y a lo malo, ciegamente...

Pero recordamos que la sociedad actual da, y se obstina en seguir dando, a ciertos hombres, la facultad de tener y poder todo sin hacer nada, sin contribuir

personalmente en nada al bienestar social: la facultad de poder todo, no sólo en lo material, sino en cuanto a la educación, al goce artístico, a la misma independencia. Y, entonces, no podemos condenar totalmente la reacción, por violenta e incomprensiva que sea.

Y así se plantea el conflicto. Y así se va a polarizar, probablemente, la lucha social próxima...

Y, entretanto:

Mientras los revolucionarios no entiendan y sientan (y eso tiende a acción) que el trabajo intelectual debe ser defendido por ellos, toda revolución nacerá condenada. *

Y mientras la sociedad no sienta que no debe defender al parásito, icondenada, condenada y condenada!

Ahora, analizar:

Es punto de gran importancia el referente a las relaciones del trabajo intelectual con el corporal.

Es, desde luego, elemental que los dos son trabajo. Pero ya eso es lo primero que empieza a no ser comprendido. Y si dijéramos que la incomprensión proviene de los espíritus inferiores, o que resulta de la necesidad de la acción, del simplismo indispensable para la penetración de las ideas en las masas, no diríamos bien. Esa incomprensión está en muchos espíritus superiores. Y, precisamente, si se quiere buscar un impresionante ejemplo, se lo encuentra en la obra de uno de los grandes espíritus geniales modernos, de Tolstoi. Su cuento «Iván el imbécil», es lo más representativo que conozco en la literatura moderna del problema social; mucho más que los libros científicos y doctrinarios: un libro como éste, será más o menos «socialista», será más o menos marxiano—punto secundario para nosotros—; pero es un libro «focal». Concentra sobre los puntos principales, inclusive sobre el prácticamente decisivo: «cuando los soldados quieran...» (*) Pero yo lo recuerdo ahora solamente para la cuestión que estoy tratando: la de las relaciones del trabajo espiritual con el material. En ningún espíritu, ni en el más limitado, estrecho, incomprensivo, el error capital: la exclusión del trabajo in-

* Nota anterior. La revolución rusa, después, por lo menos corrigió ese error de sus principios. Ver el Apéndice final.

* Sucedió después.

telectual como trabajo, la condenación del trabajo espiritual, con el vulgar complemento de la burla, se manifestó como en ese libro tan torpemente genial. La fórmula es: «quien no tiene callos en las manos, no tiene derecho a comer»; no «quien no trabaja», sino quien no tiene callos «en las manos». Y la idea de que además de poderse trabajar con las manos, se puede trabajar con la cabeza, es idea «del diablo». Contra la cual el pueblo se defiende: «creían que ese señor les iba a enseñar realmente cómo se trabaja sin manos, nada más que con la cabeza, mientras que el diablo viejo sólo les enseñaba con palabras, cómo se puede vivir sin trabajar». Así, los que trabajan con la cabeza, que no comen... Eso no se refuta; no es digno: Pero era para el pueblo; obró sobre el pueblo; y ¡qué lejos está el pueblo, aun sin necesidad de que vengan sus guías geniales a confundirlo y enceguecerlo más, de «entender, y de sentir», las verdaderas relaciones del trabajo espiritual con el corporal!

¡Y qué hondas y apasionantes son! Apuntemos sólo algo:

Primero (este aspecto no es todavía el más profundo; y es, además, parcial; pero ya interesa), lo del trabajo «mixto»; lo frecuente y lo elevado que es: por ejemplo, en el arte, escultura, pintura, y en las más grandes épocas del arte. Y no sólo casos como el de un Cellini, a quien no se sabe si llamar artífice o artista, sino el de los más grandes, en los cuales, muchas veces, ha sido más íntima, más inseparable, la unión del trabajo espiritual con el material. Miguel Angel empezaba su estatua extrayendo el block de mármol de la cantera, y la continuaba por todos los grados del trabajo material al espiritual; él esculpía personalmente; para él no había moldes, ni reproducciones, ni auxiliares puramente manuales. La vida de un Leonardo de Vinci presenta mezclados histórica y espiritualmente los dos trabajos; sus innovaciones eran espirituales y materiales: en la preparación de los colores, de los barnices, de los revoques (de ahí precisamente algunos de sus contratiempos y fracasos). Y, en cuanto a los antiguos, quien busca el nombre del maestro de los Fidias y de los Policletos, encuentra el de Agelades, «el fundidor...»

En la ciencia, el descubridor, ¡cuántas veces!, no podría siquiera separar el trabajo espiritual del trabajo manual: la técnica de laboratorio, la manipulación, todo eso puede formar parte del más elevado trabajo científico.



La molendera

(En México)

* Recordar la época (1917-18) en que se dieron estas conferencias. Por ejemplo: influencia de Tolstoi, principios del bolchevismo, etc.

Algunas profesiones, como la de cirujano, no se sabe si son espirituales o manuales. El mismo «obrero» en el sentido corriente, tiene que conservar pensamiento y gusto, para la variación, para la adaptación, para la precisión...

Y, en la sociedad, los dos trabajos llevan el uno al otro, y se vivifican y se alimentan mutuamente; y de obrero se pasa a inventor por transiciones insensibles: los obreros perfeccionan, idean, inventan; el trabajo espiritual, a su vez, se va convirtiendo en corporal; pero sólo llegará a ser «puramente» corporal cuando pierda del todo el espíritu, cuando se haga rutinario, reflejo.

Y esto nos lleva a pensar en algo ya más hondo: en que el trabajo corporal es trabajo espiritual materializado; trabajo intelectual caído en reflejo:

El trabajo material es trabajo espiritual «que fué» (el corporal, fué intelectual alguna vez). Lo que hace un electricista, un chauffeur, un tintorero, fué intelectual; o lo que hace el que siembra trigo, o el que injerta; alguien «inventó» todo eso: «todo vino del espíritu». Y el que conduce un carretón de manos, o ara, o cocina alimentos, o prende fuego, prolonga con gestos, todavía, el espíritu de alguien, con nombre conocido o no, más o menos remoto, que «pensó».

El trabajo corporal es el reflejo, «el gesto» del trabajo espiritual.

Y un solo hecho de trabajo intelectual, un «descubrimiento», da para trabajo corporal indefinido.

Y, apurando la cuenta, el trabajo corporal debe ir al «haber» del trabajo espiritual. El trabajo material es hijo del espiritual; y en atacar al trabajo intelectual en nombre del corporal, hay, no sólo absurdo, sino una especie de horror...

Ahora, más consideraciones:

El trabajo corporal es «sólo prolongante y mantenedor»; el intelectual, es «renovante» y «progresador» (perdón por las palabras: es para pensar). Y somos «especie en marcha», por el trabajo espiritual.

Más todavía— ¡más hondo que todo! la relación con el sufrimiento, con el dolor:

El trabajo corporal se presenta como penoso, y pediría perdón hasta de que alguien pensara que yo quiero atenuar el sufrimiento que frecuentemente lo acompaña. Pero entiéndase esto: el trabajo corporal es «separable» del dolor, del sufrimiento, y, el espiritual, no; el corporal está «extrínsecamente unido al dolor»; el espiritual, «intrínsecamente».

El corporal es penoso o por razones sociales o por razones materiales. Por razones sociales: mala reglamentación, exceso de horas de trabajo, mala remuneración, falta de la consideración social que le es debida, etc.; o por razones materiales: ciertos trabajos que requieren demasiado esfuerzo, o son repugnantes o antihigiénicos o peligrosos, etc., etc. Pero, en teoría, y quizás en la práctica, lo primero podría arreglarlo una organización social mejor; y, lo segundo, podría arreglarlo la ciencia: máquinas, procedimientos que supriman lo penoso, o lo sucio, o lo peligroso.

Y, entonces, resueltos esos problemas,

el trabajo corporal dejaría de estar unido al dolor.

Y hasta realizaría en cierto sentido un ideal de trabajo, por cuanto «deja el alma en paz». Aun hoy, cuando no es demasiado penoso el trabajo material, deja o muchas o pocas, sin responsabilidades, sin angustias, horas para vivir.

Pero en el espiritual, la unión con el sufrimiento es intrínseca; el creador artístico, el pensador, el descubridor científico, y aun, en planos menos altos, el profesional intelectual, un médico consciente, un abogado, un juez conscientes, tienen el trabajo doloroso «en sí»: trabajo que nada podría redimir del dolor; y hasta ese dolor, ese sufrimiento es como necesario para la calidad cumplida del trabajo.

Y algo más aún: el manual puede repartirse sobre todos los hombres; habría organizaciones posibles (o puede concebirse, y tal vez no sean totalmente absurdas, tal vez estén muy lejos de ser absurdas), organizaciones que repartieran el trabajo manual: a cada hombre, su parte.

Pero el trabajo espiritual no puede ser repartido: tiene sus elegidos. Y, aquí, ser elegido, es ser expiatorio.

El trabajo espiritual es trabajo y es «más trabajo» que el corporal. Es fuente y condensación: radium de trabajo. Y todo lo que se haga en nombre del trabajo, ha de comprenderlo y enaltecerlo. ¡Y, lo que no, condenado!

CARLOS VAZ FERREIRA

Mi escuela. Mi jardincito

(Dos pasajes de la novela *Los caranchos de la Florida*. Espasa-Calpe. Madrid. 1931).

—¿Si saliéramos un poco?

—¡Cómo no! Le diré, voy a enseñarle la escuela, si usted gusta. No es una gran cosa, le diré, pero ¡qué quiere usted que se haga por estas alturas! ¡Hay que conformarse!

Don Panchito se incorpora; y guiado por la maestra rural, que bajo la cruda luz exterior le parece aún más pequeña y más fea, sale de la cocina.

—¿Ese es su caballo?

—Sí, señorita.

—Muy lindo, le diré; el mío ese petiso que está ahí... ¿Qué le parece?

El mozo no sabe si la maestra quiere burlarse, y sonríe tontamente mirándola a la cara; pero ella, al pasar junto al petiso legañoso y maceta, que cabecea dentro de su bozal desproporcionado, se detiene y se pone a acariciarlo con calor y con mimo.

—¡Pobre, mi caballito!— exclama—. ¡Lo quiero más!... ¡Usted no se imagina!

Y abrazada a la cabezota aquella, peluda y tosca, que cierra los ojos mortecinos instintivamente, evoca la maestra, con su pañuelo caído sobre el cuello, su carita cetrina y sus delgados brazos morenos, el recuerdo de ciertas fábulas árabes immortalizadas en el cobre de los grabados antiguos

—¡Lo quiero más!— repite, y añade al separarse de la bestia—. Me lo regalaron el año pasado los dueños de LA CLARA; son unos hombres muy buenos, le diré.

Don Panchito piensa que el regalo no puede ser más mezquino; y en un impulso muy propio de su carácter, abre ya los labios para ofrecerle un caballo digno de una mujer, por más que ésta sea fea y humilde, pero el recuerdo de su padre, interponiéndose en el proceso mental, interrumpe el arranque generoso. «¡Mi padre!», piensa; «si yo quisiera regalar un caballo a esta pobre mujer, ¡qué escándalo armaría mi padre? Concluiría tal vez por consentirme que la obsequiara con alguno de los ladrones del carro».

La maestra, expansiva y risueña, abre de par en par una de las puertas del gran galpón.

—Aquí tiene usted— dice—, la escuela. La hicieron construir los dueños de LA CLARA; son unas gentes muy desprendidas, le diré.

—¡Va lo veo!

Y don Panchito, descubierta la cabeza, penetra en el aula con recogimiento y con respeto.

—Aquí tiene usted mi escuela.

Es aquello el abecé de una instalación

John M. Keith & Co. S.A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir Royal (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE.

Refrigeradoras Eléctricas NORGE.

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX.

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN.

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH, Socio Gerente - RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente

de la índole: un salón con pavimento de ladrillo, unos treinta bancos, mapas en las paredes, y allá, en la cabecera, un modesto escritorio que hace las veces de tribuna. El conjunto no puede ser más pobre; pero aquello está tan cuidado y tan limpio que conmueve el espíritu, como la presencia de un recuerdo maternal y suave. Don Panchito lo mira todo con ojos sorprendidos. Hay una ternura tan honda en aquel sencillo cuadro que, cuando el mozo advierte un jarro con flores sobre el escritorio de la maestra, no puede contenerse y exclama con sincera emoción:

—¡Flores! ¿También tiene flores usted, señorita?

—¡Ya lo creo! ¡Le diré, también tengo mi jardincito!

—¡Ah! ¿Sí? ¡Pues le aseguro que, en su lugar, yo cultivaría balazos, en vez de flores!

La maestra se ríe.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—¡Caramba! La tienen a usted completamente abandonada, la hacen vivir sola en medio del campo en una zapatería, le regalan petisos bichocos... ¿y todavía tiene usted ánimos para tener tan bien cuidada la escuela y hasta para ponerle flores?

—¡Y qué quiere usted! Le diré, cuidar las cosas de la escuela es mi obligación, es obligación de la maestra; y las flores, las flores, las pongo por adorno..., porque me gustan... ¿A usted no le gustan las flores, acaso?

—Sí, señorita, me gustan mucho; pero las que no me gustan son las injusticias. Usted es muy buena, y por eso la embroman; yo que usted, ya le habría de decir verdades al Gobierno.

La maestría, sorprendida por el tono de su interlocutor, lo mira curiosamente, y él, que se ha sentado en una de las bancas, se pone a hablar con vehemencia mientras se da golpecitos con el cabo del rebenque en las cañas de sus botas coloradas. Una vaca muge a la distancia y se oye allí, muy cerca, la voz de la zapatera, que llama a sus gallinas.

La maestría sonríe y luego se incorpora.

—Venga—dice—, voy a enseñarle mi jardín. No es una gran cosa, le diré; pero es el único que habrá quizás en varias leguas a la redonda.

Y saliendo al patio amplísimo y perfumado con el olor de los sauces, contornean el edificio de la escuela y don Panchito visita aquella «maravilla»: un tabloncito de bríncos, no más grande que un pañuelo, un rosal que se empeña en trepar por la pared, y cuatro o cinco tarros de hojalata que contienen otras tantas plantas.

—No es muy grande—dice don Panchito burlón—; pero es un jardín, ¿verdad?

—Ya lo creo—contesta ella—, y lo que es más, le diré, el único que encontrará usted en varias leguas a la redonda. Estos criollos, le diré, aunque sean ricos, aunque tengan plata, no entienden ni de plantas ni de flores. Yo quisiera que usted viera algunos establecimientos de

por aquí. Son cuatro ranchos pelados, sin un árbol, le diré.

—Es verdad—afirma don Panchito sentenciosamente—. Son muy brutos estos gauchos.

—¿Los gauchos?, le diré; y los que no son gauchos, también. Hay algunos que hace treinta años que vinieron aquí, que no son gauchos, y sin embargo, no

han hecho plantar un árbol todavía. Para plantar, los gringos y los vascos le diré.

—Es cierto.

—Así que ya sabe, el día que necesite alguna flor para quedar bien...

—¡Oh, señorita!...

BENITO LYNCH

Esta América de sangre cálida

(Recorte de *Diario Latino*—San Salvador, 8 de diciembre de 1939.—Envío del autor).

CORDERO DE PUERTO RICO

Ante la Reunión Consultiva de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, que tuvo su sede en Panamá en octubre último, se alzó un coro de voces hispanoamericanas pidiendo la libertad de Pedro Albizu Campos, el poeta J. A. Corretjer y sus compañeros de prisión en la ciudad de Atlanta. Los prisioneros no tienen más delito que el de haber incitado al pueblo de Puerto Rico a su emancipación. Y el momento de hablar por ellos—en nombre de la América que tuvo un Washington a quien, rebelde, los ingleses llamaron «bandido»—no podía ser más exacto. La Política del Buen Vecino ha reiterado su afán de que convivan los leones y los corderos; y Panamá adquirió en ese momento una significación profundamente simbólica, ya que hace más de un siglo, —otro «bandido» célebre, el señor don Simón Bolívar—la había escogido para centro de una asamblea americana, de la que se esperaba salieran normas de paz, de justicia internacional, de moralidad superadora.

A nombre de los que pugnan por la libertad de Albizu Campos, Corretjer y los otros mártires del santoral puertorriqueño, llevó la voz el ilustre

publicista Joaquín García Monge. Y la respuesta que dió Narciso Garay, Presidente de la Reunión Consultiva, no puede ser más histórica: «El tiempo de que disponían los señores Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, era limitado y escasamente alcanzó para estudiar los problemas de neutralidad, preservación de la paz y cuestiones económicas del Continente Americano, sobre los cuales versaron los acuerdos y resoluciones de la Reunión».

ESTE GARAY

En México recordamos muy bien a don Narciso Garay, porque fué Ministro de su país y contribuyó a enriquecer el más voluminoso expediente que un diplomático haya podido crear en el Continente Americano. Era Ministro don Genaro Estrada. Argüía el doctor Garay que «conforme a ciertos postulados del Derecho Internacional los choferes de los diplomáticos pueden gozar «la extraterritorialidad». Redargüía el señor Estrada con nuevos argumentos, no queriendo dar su brazo a torcer, y pudo entonces demostrar que los diplomáticos sí tienen tiempo para perderlo maravillosamente en discusiones bizantinas. Aquel papeleo parecía interminable y los archivistas de nuestra Secretaría de Relaciones no disimulaban su zozobra al ver crecer día a día el épico expediente, que, de no haber sido llamado por «su Gobierno» el doctor Garay, «para conferirle otra misión», estaría el ingeniero Hay recibiendo más notas sobre la extraterritorialidad de ciertos choferes.

LAS ESTATUAS DESPUÉS

En el semanario de cultura hispánica que dirige el señor García Monge—y que no tiene desperdicio—encontramos un conmovedor artículo de Joaquín Quijano Mantil a sobre don Marco Fidel Suárez, expresidente de Colombia, cuya elegancia moral sigue despidiendo fulgor. Suárez humanista, Suárez integérrimo administrador de los caudales públicos, pulcro de idioma y de actos, iba en un tren. De repente sonó una voz:

—¿Por qué dejan viajar al señor Suárez en tercera, cuando tantas gentes tienen tiquetes de cumplimiento?

—Porque en Colombia, respondió el conductor, a los grandes hombres los hacen morir de pena, y luego les levantan estatuas. Además, los verdu-

CABALLEROS:

sus vestidos de casimir,

Señoras y Señoritas:

*sus abrigos a la medida
o sus vestidos estilo sastre,*

SOLO LA

SASTRERIA

La Colombiana

de Francisco Gómez e Hijo

podrá complacerlos,

UNICA ESPECIALIZADA EN ESTA
CLASE DE TRABAJOS

Haga una visita y será bien atendido

TELEFONO 3283

Frente a Compañías Eléctricas
AVENIDA CENTRAL

SOLICITAMOS AGENTES, SERVICIO RENUMERADO

gos del señor Suárez, no pueden ver su obra, porque siempre viajan en primera.

No sólo en Colombia, amigo Suárez, amigo García Monge, también en la Argentina, país que ya es nación, que paga bien a sus catedráticos universitarios, que se preocupa formalmente por elaborar una cultura. Allí están las palabras melancólicas de Manuel Ugarte, a propósito del suicidio de Leopoldo Lugones: «La miseria no consiste solamente en no tener qué comer, o en dormir en el hueco de una puerta. Hay sensibilidades para las cuales una larga espera insistente o estéril en la antecámara de un Ministro equivale a la mendicidad. Sobre todo cuando el que espera tiene prestigio y renombre, cuando sabe que vale más que el Ministro. En los tiempos en que Rubén Darío se defendía penosamente en París con los seiscientos francos mensuales que le daba un diario por

sus crónicas, las gentes decían que tiraba el dinero por las ventanas. En cambio, D. Crisanto Medina, Ministro de Nicaragua, es decir, representante diplomático de la república donde nació Darío, costaba cincuenta mil francos mensuales al erario público y todos le tenían por el hombre más equilibrado de la tierra. La distancia nos permite decir ahora, sin que nos tilden de apasionados, que Rubén Darío hizo más por la gloria de Nicaragua que varias docenas de Ministros, sin exceptuar al propio señor Medina».

Siempre tiene actualidad la frase terrible de la madre del gran poeta Keats, cuando a éste le alzarón un mármol:

— Mi hijo pedía un pan y ahora le dan una piedra...

LUIS G. NUILA

México, noviembre, 1939.

Musa proletaria

(Para el Rep. Amer.)

Canción a pleno sol

I

El capataz, señor, el capataz,
y nada más...

II

Banano, arroz y frijol
y pleno sol.

III

Se ganan cinco colones,
el jefe gana tres mil,
y cuenta con buen respaldo:
clava, cárcel y fusil.

IV

Ay, de quien alce la mano,
ay, de quien alce la voz,
le harán vomitar a golpes
su banano con su arroz.

V

Ni siquiera hay agua buena
para la boca del peón,
pero hay soda con cerveza
para la sed del patrón.

VI

Eso es todo, eso es todo:
encumbrado capataz,
sol terrible, cinco pesos,
nada más.

Pto. Cortés, C. R. 1939.

Breve cantar a bordo

I

El patrón toma cerveza,
los peones beben alcohol...
atiende al patrón primero
la cantina del vapor.

II

Bajo la luna llegaron
los hombres de la ciudad,
el patrón llegó sonriente,
los peones vinieron mal;

III

y es que en larga caminata
el patrón montó un corcel,
los indios por los caminos
se destrozaron los pies.

IV

Ahora los envenena
la cantina del vapor:
el patrón toma cerveza,
los peones beben alcohol...

A bordo del «Victoria»,
Lago de Nic. 1938.

Sobre tus pasos

I

Esta noche los árboles raídos
vistos en ascensión por los barrancos,
fingen largas columnas de bandidos
salidos del cubil de los estancos.

II

Sobre tus diminutos pasos blancos
hoy por un mal camino me he venido.
Salta—rápida liebre—hacia el olvido
tu reproche, por gracia de tus flancos.

III

Y mientras voy pensando en el desvelo,
en el contacto de tu carne ardiente,
en el filo glacial de tu sonrisa,

IV

en la pizarra rústica del cielo
la mano de algún ángel decadente
pinta una luna lánguida con tiza.

EMILIO QUINTANA

Anécdotas

(Sacadas del excelente mensuario: *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, Dicbre. 1939.—Enero 1940).

En una oportunidad hizo hincapié el autor de «Cuento de Otoño» en lo maligno del «pero», conjunción que por dominarse «adversativa», tiene mucho de «adversa». Frecuentemente, nos decía el perspicaz amigo, cualquier quidam hace el elogio de alguien, y cuando se le cree más entusiasmado con las escasas prendas resaltantes que le abonan deja caer, no sin alegría, el inevitable «pero», desquiciando así la reputación mejor cimentada.

El «pero» es aliado eficazísimo de la calumnia y coronamiento de toda infamia. No en balde afirman los gramáticos que denota «oposición» o «contrariedad». Y esta partícula, insignificante al parecer, empuja y empuja muchas honras, baldonó y baldona muchos nombres ilustres. Su imperio y su inquina son tales y tantos, que no se detiene al borde mismo del sepulcro, pugnando por dilatar su poderío más allá de las sombras. Las más veces lo consigue; y se graba, por derecho propio, en las lápidas, a manera de sangriento epitafio.

«Fulano es hombre de talento, «pero» bebe»; Zutano es muy bueno y muy laborioso, «pero» juega»; y así por el estilo son frecuentísimas estas expresiones en todo palique. De las mujeres no se hable, porque también suelen ser víctimas del «pero», ya que es ley fatal e ineludible que a nadie perdone el breve sambenito.

La sola aspiración de quien esto anota, que, por vía de paréntesis tiene muchos «peros», fúndase hoy en que al ser presentado a alguien, haga así su apología: «Es un individuo sin «pero»».

Y ahora de buen grado cedemos la palabra al insigne socarrón de Fulgencio Afán de la Ribera, el cual en su «Virtud al uso y mística a la moda, destierro de la hipocresía, en frases de exaltación a ella; embolismo moral, en el que se epacta las afirmativas proposiciones en negativas y las negativas en afirmativas», rió sardónicamente de los gazmoños, fijándose en este punto. Y entre los últimos consejos que dió a cierto doctrino, para alcanzar la divina gracia,

(Pasa a la página 142)

DR. E. GARCIA CARRILLO

Médico - Cirujano

ELECTROCARDIOGRAMAS

METABOLISMO BASAL

Corazón - Aparato Circulatorio

Consultorio 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

Teléfonos 4328 y 3754

La vanidad y el talento de Vargas Vila

(Recorte de *La Nación*. Santiago, Chile.—Envío del autor).

No hay ejemplo en ninguna literatura de vanidad tan estruendosa como la de Vargas Vila. Hablaba exclusivamente de sí mismo y en tercera persona. Perdida la noción del equilibrio, se entregaba, ciego, a la egolatría.

Cierta vez nos encontramos por casualidad al cambiar de tren, en la frontera de España. Durante la hora larga que duró la espera, peroró con su abundancia y su ensimismamiento habitual. Las frases empezaban siempre así:

—Vargas Vila va para Málaga . . .
—Esas novelas de Vargas Vila . . .
—Esos últimos triunfos de Vargas Vila . . .

Yo iba acompañado por una amiga francesa que comprendía el castellano, aunque no lo suficiente para percibir los matices.

Cuando subimos de nuevo al vagón, me preguntó: —

—¿Quién es ese Vargas Vila de quién ustedes conversaban tanto?

—El mismo que hablaba—repuse—. ¿No te has dado cuenta aún? La francesita abrió unos ojos enormes.

—*Pas possible*—repetía, riendo a carcajadas—*pas possible* . . .

Y, sin embargo era posible. Era histórico. Vargas Vila llegó hasta hacer, bajo su firma, en la revista «Némesis» que publicaba en España, un relato de cierta conferencia que dió en Madrid. Empezaba en estos términos: «De pronto apareció Vargas Vila en medio del asombro general. La asamblea, compuesta por lo más alto de la intelectualidad madrileña, aplaudió al genio. Y Vargas Vila, dijo . . .»

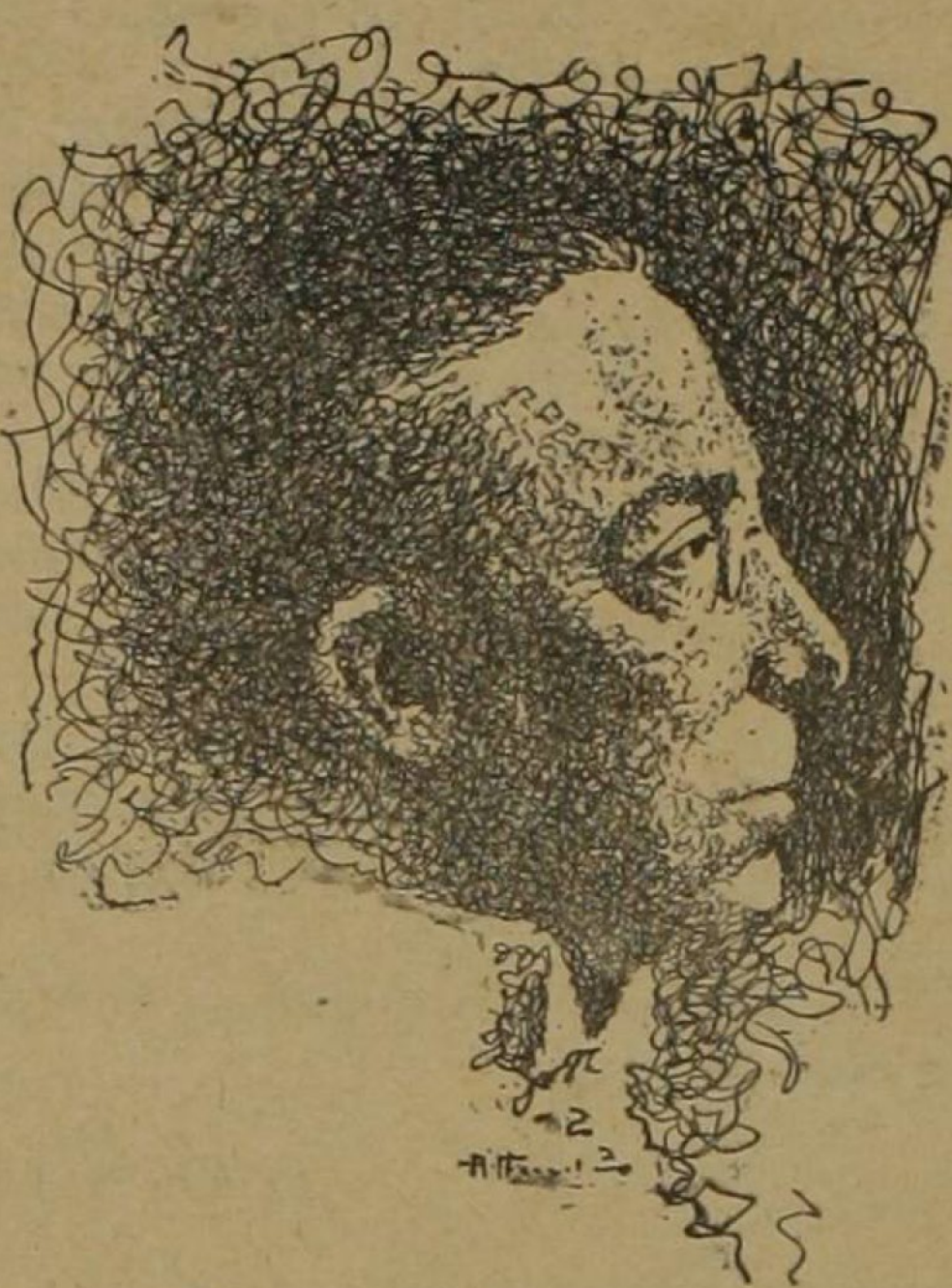
Se trataba, desde luego, de una enfermedad. De una enfermedad incómoda para los demás y fatal para el enfermo, porque creó alrededor de él un vacío total. Aunque todos le teníamos por conversador eximio, nadie se avenía a prestar oídos al autobombo contumaz.

Pero si la tendencia resultaba inexcusable, se explicaba por lo menos. Nació la exaltación «yoísta» de una reacción contra la hostilidad del medio. Pocos hombres fueron vilipendiados como Vargas Vila. Los excesos de la jauría enemiga levantaron la llamarada de soberbia. Del ataque absurdo nació la defensa brutal. Hasta cobrar proporciones de suicidio.

Lo que más molestaba a Vargas Vila era la estratagema que empleaban sus enemigos para disminuirle, ensalzando los méritos de su hermano Juan Ignacio.

—José María no tiene ningún talento—repetían para sacarle de quicio—el que vale realmente es Juan Ignacio . . .

Juan Ignacio, demás está decirlo, apenas escribía pequeñas notas en las revistas sociales. No queda de él una página y ni siquiera se recuerda el nombre. Tan poco inteligente fué, que



José Ma. Vargas Vila

(Hacia 1924)

por vanidad o sentimiento se prestó a servir de proyectil contra su hermano.

Abundan los precedentes de ese péfido ardid que ha servido desde los tiempos en que, para combatir a Pierre Corneille, se endiosaba a Tomás, de quien nadie recuerda un verso.

Así nació también el Gómez Carrillo de Barcelona.

Un hermano de Enrique, llamado Eduardo, mal aconsejado por gente aventurera, empezó a escribir crónicas que llevaban al pie, para confundirse con las auténticas, la firma cotizada: E. Gómez Carrillo.

Como eran rematadamente malas y desprovistas de cuanto daba prestigio y autoridad al gran escritor, los que no estaban en el secreto empezaron a murmurar que Carrillo se hallaba en decadencia y que aquello era el acabóse.

Mucho trabajo costó poner término al enredo. El nuevo Gómez Carrillo argumentaba que también tenía derecho a firmar con la inicial de su nombre, Eduardo, sin cuidarse de la coincidencia. Sacaba provecho del engaño. Durante varios meses se prolongó el conflicto. Hasta que Gómez Carrillo, que tenía siempre solución para todo, consiguió eliminar del mapa literario no sólo la firma intrusa, sino también al infidente, del cual no volvimos a oír hablar jamás.

Por aquellas épocas todos escribíamos crónicas. Amado Nervo coleccionó algunas de las suyas en un volumen titulado, creo, «El éxodo y las flores del camino». Rubén Darío, coordinó sus artículos de «La Nación» de Buenos Aires en varios libros, entre ellos «España Contemporánea». Yo hice lo propio en «Crónicas del Bulevar», que prologó el mismo Darío, y en «Burbujas de la Vida». Gómez Carrillo volcó en el género la expresión suprema de su personalidad.

El único que desdeñó la crónica, fué Vargas Vila. Abroquelado en su orgullo, renunció a la popularidad fácil y al contacto diario con el público.

—Para irradiar sobre América, bastan mis novelas—declaraba a quien quería oírle.

Y, en realidad, sus novelas, escritas en aquel estilo especialísimo, desprovisto de mayúsculas y sin más punto que el punto final, concebidas, se hubiera dicho, con la certidumbre de que serían leídas de un tirón (un tirón de 400 páginas) alcanzaron entre 1900 y 1914 una difusión pasmosa y fueron la cartilla romántica de toda una juventud.

El editor Ramón Sopena, cuya silueta he de trazar algún día, porque fué, con sus innumerables viajes a París y con sus secretarías renovadas en cada viaje, una de las figuras más interesantes y simpáticas de nuestro grupo, me confesó cierta vez:

—Yo le entrego a Vargas Vila todos los años por derechos de autor entre cincuenta y sesenta mil pesetas.

Después de lo cual añadió, sonriendo:

—Para que las gaste en chalecos de fantasía. ¿No ha visto usted la enorme colección que tiene?

Este Ramón Sopena, que fundó una casa poderosa y ganó cuanto dinero quiso, tenía un alma de artista y de bohemio soñador.

—Nunca he logrado un negocio de importancia en el despacho de mi casa editorial—me confesaba en una de nuestras frecuentes charlas, porque fuimos muy amigos—[los mejores negocios los he hecho en un transatlántico, en un tren, en un bar, en una sala de baile. Al dinero le gusta divertirse y hay que buscarlo donde la gente está contenta y hay música . . .]

Sobre el valor literario de Vargas Vila se ha difundido en estos últimos tiempos una opinión tan categóricamente hostil, que debe hacernos recapacitar. No para aceptarla, sino para reaccionar contra ella. Las bruscas unanimidades de América despiertan siempre mi desconfianza. Yo creo que la obra de Vargas Vila, lejos de ser inferior como algunos pretenden, marca una de las realizaciones más completas de su tiempo. Alberto Hidalgo, cuyas violentas sinceridades son conocidas, me expresó hace poco una opinión análoga. No tardará en producirse la rectificación. Dejando de lado los arabescos de mal gusto y alguna reminiscencia incómoda, la obra de Vargas Vila contiene elementos sólidos y durables. La negación burlona nace del prejuicio o de un examen superficial.

En mi libro, «El Dolor de Escribir», he contado cómo conversé por primera vez con Vargas Vila en el entierro del escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo, autor de aquella novela «Todo un Pueblo», que con más

(Pasa a la página 143)

Cuaderno de Apuntes

La filosofía social de Carlos Vaz Ferreira

(Recorte de *El Nacional*. México, D. F. 3-XII-1939. — Envío del autor.)

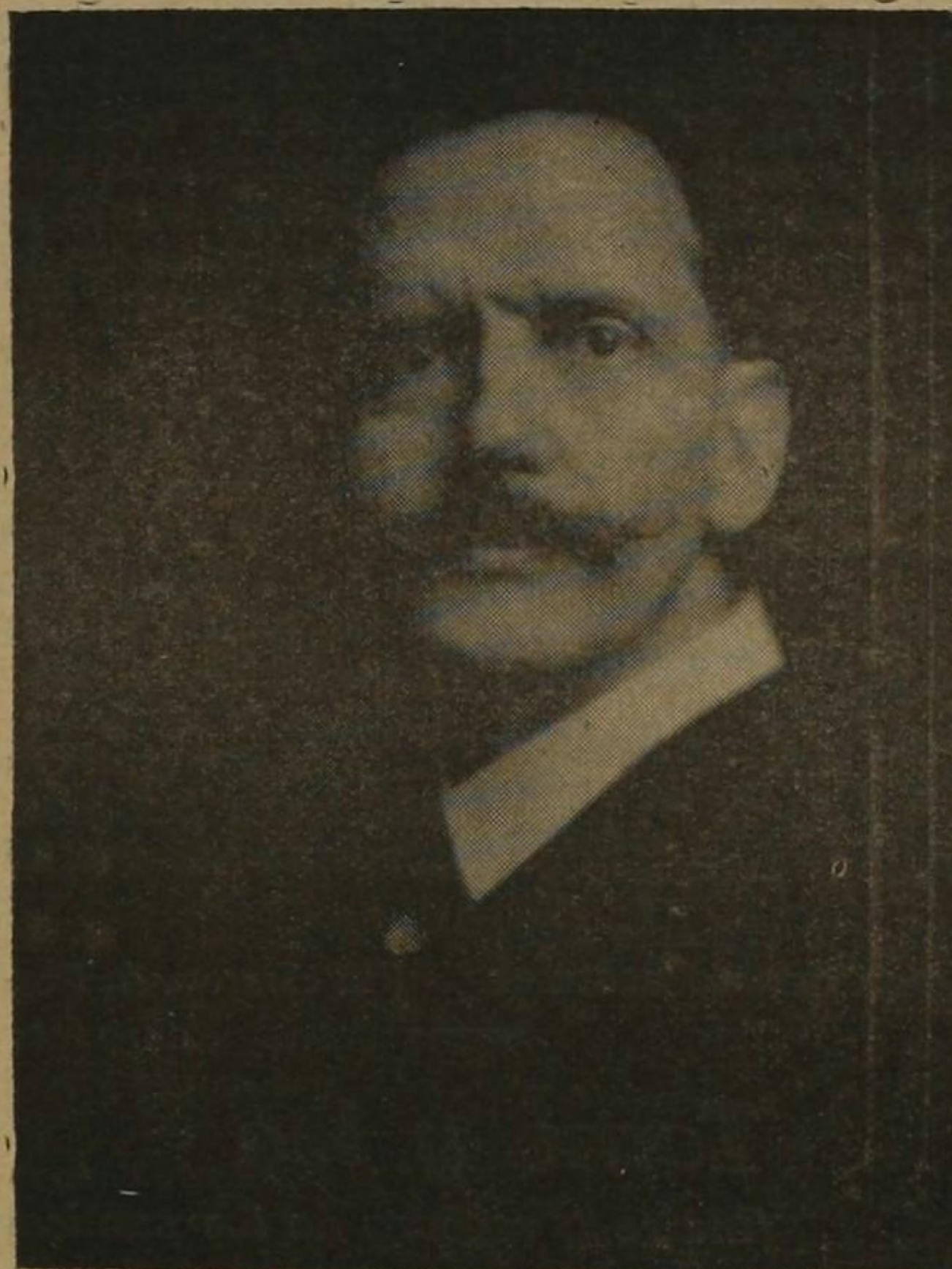
Desde hace unos cinco lustros viene el filósofo uruguayo construyendo lo que podemos llamar su teoría revolucionaria. La reedición de sus conferencias *Sobre los problemas sociales* (Buenos Aires, Losada, 1939) da ocasión a estas notas. Vale la pena de que se conozca entre nosotros una exposición tan clarificadora que, cuando menos, sirve para la delicada operación del planteo. Quien no acepte las conclusiones, todavía encontrará allí elementos para seguir reflexionando por cuenta propia. La teoría ofrece una base mínima, más allá de la cual deja suficiente elasticidad a las circunstancias de aplicación y a la libertad de discusiones. Está edificada con un sentido geométrico, un buen dibujo que le presta valor artístico y la hace fácilmente abaricable, y expresada en un lenguaje ajeno a toda pedantería escolar. La inspira una ardiente simpatía por la mayor justicia entre los hombres y un mayor respeto a la felicidad humana.

En su *Lógica Viva* había distinguido ya los problemas explicativos (los de conocimiento y comprobación) de los problemas normativos (los de acción y preferencia). Aquéllos, aunque sea teóricamente, alcanzan soluciones. Estos se quedan en la elección, en la preferencia (Ejemplo de problema normativo para el individuo: ventajas y desventajas de vivir en la ciudad o en el campo).

El problema es el caso más complejo entre los problemas normativos. ¿Puede resolverse? Sólo escogerse y preferirse. A menos que se caiga en la noción providencialista que considera el estado jurídico como un efecto de la armonía a lo Bastiat: en la antigüedad, el Cosmos; en la Edad Media, Dios; en la moderna, ese demiurgo de Henry George que parece haber ideado, de toda eternidad, una manera natural de aplicar los impuestos.

Si resolver tan arduo problema es imposible, siempre se le puede despojar, atenuar. Esta tarea se reduce a buscar un común denominador, un mínimo a las contradicciones, que sólo se fundarían ya en una cuestión de grado y no de esencia. Para entender esta discusión, hay que darse cuenta de que aquí sólo se trata de filosofías y no de apetitos. En el orden de los apetitos el que posee nunca querrá sacrificar parte de su regalo en bien del que no posee. En el reino de los apetitos no hay conciliación posible.

El debate de nuestro tiempo se polariza en la oposición entre individualismo y socialismo, en el más lato sentido de las palabras: entre la libertad y la igualdad. En ambos hay aspectos simpáticos y antipáticos. Allí, la libertad y la tendencia progresista o fermental se enturbian con



Carlos Vaz Ferreira
(1939)

la dureza o crueldad, la inseguridad, el triunfo del inferior o sólo superior en aptitudes inferiores como la de enriquecerse. Acá, la mayor igualdad y solidaridad, también la tendencia fermental, se enturbian con la limitación a la persona, con la inclinación a nivelar hacia abajo, con la exigencia de condiciones excelsas en el hombre actual que, en la práctica, expone—no pudiendo realizar la utopía psicológica—a optar por el camino de la tiranía.

Hay tres actitudes ante el estatismo: 1.º la spenceriana de la incapacidad del Estado; 2.º la que reconoce al Estado algunas aptitudes al menos; y 3.º la que, admitiendo la posibilidad teórica del Estado perfecto, lo ve como un fijador contra el progreso. En esta oposición entre libertad e igualdad hay una fórmula de concordia: 1.º un seguro mínimo al individuo; y 2.º el resto a la libertad. La dosificación es cuestión de grado. Unos abandonan al individuo antes y otros después. Imaginemos tres círculos concéntricos: 1.º el interior es el seguro del individuo; 2.º el exterior es el campo de la libertad; y 3.º el intermedio es la zona discutible, mayor o menor.

El seguro del individuo debiera contener: a) Un punto de partida: educación corporal y espiritual; jabón y alfabeto como decía Vasconcelos; la dotación de la mochila, como alguna vez dijimos nosotros. b) Además—cuestión importantísima,—el derecho a un sitio en el planeta: concepto de

la tierra de habitación que no se confunde con el georgiano de la tierra de producción, así como éste no se confunde con el de tierra de comunicación. (Ver: C. Vaz Ferreira, *Sobre la propiedad de la tierra*). El no distinguir este concepto vuelca sobre él dificultades que sólo debieran ofrecerse con respecto a la tierra de producción. c) Un derecho a la subsistencia mínima: que si el hombre entregado a sí mismo cae, no pase de cierto nivel. No lo resuelve la adjudicación de la tierra de propiedad, porque si fuera posible en la agromensura (lo que ya es difícil) no por eso lo sería en la técnica: no todos hemos de ser agricultores.

Al formular este derecho entramos ya en la disputa: a) ¿Repartir la tierra toda? b) ¿Socializarla? 1) ¿Totalmente? 2) ¿Parcialmente? c) ¿Modificar solamente algunas propiedades individuales? 1) ¿Mediante el régimen tributario? 2) ¿Mediante el de la herencia? (3) ¿Mediante una combinación de ambos? d) ¿Conservar el régimen actual, compensando de algún modo a los no poseedores? 1) ¿Mediante un racionamiento mínimo? 2) ¿Mediante otros arbitrios? Aquí surgen dificultades, primero de posibilidad y luego de deseabilidad, que a veces provienen de una mera falta de hábito que embota la sensibilidad para la justicia. En todo caso, el seguro del individuo debe obligarlo, por su parte, a una dosis de trabajo, de rendimiento social.

A la luz de este análisis, pronto se

ve que, si el régimen actual no realiza el socialismo, dista mucho de haber realizado el individualismo, puesto que desequilibra el punto de partida y sacrifica a la mayoría de individuos. Esta razón negativa, el reconocimiento de que se está ante un enemigo común, facilita las posibilidades de arreglo dentro de ciertos límites. ¿Hacer tabla rasa y empezar de nuevo en cada generación, prescindiendo del peligroso juego combinado de herencia y propiedad? Tampoco es posible: las generaciones humanas, a diferencia de ciertas especies de insectos que nacen después de la muerte de sus progenitores, conviven siempre y se entrecruzan.

Entonces Vaz Ferreira emprende una depuración del individualismo y del socialismo, a fin de llegar, por ambos lados, a un límite que reduzca el abismo intermedio, y a fin de evitar que una u otra tendencia se conviertan en fijadores de la indispensable fermentación social. De allí sale condenado todo régimen que no acate el

espíritu y todo régimen que no rechace el ocio. Y al llegar a este punto, su probidad le hace confesar que, no encajando en ninguno de los sistemas con nombre hecho, su teoría tiene que causar de momento cierta impresión de desamparo.

No le conviene para su sistema el nombre de ecléctico, y ni siquiera el de sistema, esto por la rigidez y aquello porque trae el prejuicio de que se vive tomando un poco de lo ajeno, y no por propio crecimiento interior. Pero ¿por qué pensar en palabras? Si algunos astrónomos se empeñasen en que todos los planetas tienen varios satélites, otros en que cada uno sólo tiene un satélite, los de más allá en que ninguno tiene ningún satélite, se les podría llamar respectivamente: plurisatelistas, monosatelistas y asatelistas. Y ninguno estaría en la verdad. Y los únicos acertados, los que aceptarían las tres posibilidades, no tendrían nombre, ni haría falta.

ALFONSO REYES

(Un abrazo... A. Reyes)

Tome y lea

(Índice y registro de las publicaciones que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

Lo que ansiábamos hace tiempo los admiradores de Eugenio María de Hostos, ya lo tenemos a la vista: sus *Obras completas*. Apenas lo conocíamos parcialmente: *Derecho Constitucional*, *la Geografía evolutiva*, *la Moral social*, el estudio sobre Hamlet, algo más. Ahora vamos a tener la satisfacción y provecho, de estudiarlo en su totalidad. Gracias, gracias a la benemérita Comisión del Cincuentenario de Hostos, que nos las ha enviado. En veinte tomos bien impresos, empastados. ¿Cuándo tendrán los grandes escritores de América, como ahora Hostos, sus obras completas editadas así?...

20 volúmenes, en este orden:

- I y II: Diario
- III: Páginas íntimas
- IV: Cartas
- V: Madre Isla
- VI: Mi viaje al Sur
- VII: Temas sudamericanos
- VIII: La peregrinación de Bayona
- IX: Temas cubanos
- X: La Cuna de América
- XI: Crítica
- XII y XIII: Forjando el porvenir americano
- XIV: Hombres e ideas
- XV: Derecho Internacional
- XVI: Tratado de Moral
- XVII: Tratado de Sociología
- XVIII a XX: Temas didácticos.

*

Otro esfuerzo que debe señalarse y del que hicimos el elogio cuando dimos cuenta de los 50 primeros tomos: la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*.

Los títulos de los tomos 51 a 100

Sección 6ª: Crítica y Ensayos

- No. 51.—Las Letras, las Ciencias y las Bellas Artes en Colombia, por Sergio Arboleda.
- No. 52.—Semblanzas, por José Joaquín Casas.
- No. 53.—Los contertulios de la Gruta Simbólica, por Luis María Mora.
- No. 54.—Eruditos antioqueños, por varios autores.
- No. 55.—El Dr. José Félix de Restrepo y su época, por Mariano Ospina.
- No. 56.—Crítica, por Fernando de la Vega.
- No. 57.—Crítica, por L. E. Nieto Caballero.
- No. 58.—Gregorio Vásquez, por Roberto Pizano.
- No. 59.—Prehistoria colombiana, por Juan C. Hernández.
- No. 60.—La Sabana de Bogotá, por Tomás Rueda Vargas.

Sección 7ª: Periodismo.

- No. 61.—Historia del periodismo en Colombia, por Gustavo Otero Muñoz.
- No. 62.—Periodistas de los albores de la República, por varios autores.
- No. 63.—Editoriales del Neo-Granadino, por Manuel Ancizar.
- No. 64.—Periodistas liberales del siglo XIX, por varios autores.
- No. 65.—Los mejores artículos políticos, por Rafael Núñez.
- No. 66.—Prosa política, por Carlos Martínez Silva.
- No. 67.—Artículos varios, por José y Guillermo Camacho Carrizosa

No. 68.—Semblanzas y editoriales, por Luis Cano.

No. 69.—Periodismo, por Eduardo, Enrique y Gustavo Santos.

No. 70.—Antología de periodistas.

Sección 8ª: Elocuencia

- No. 71.—Antonio Nariño, por F. de P. Santander y Julio Arboleda.
- No. 72.—Bolívar, Camilo Torres y Francisco Antonio Zea.
- No. 73.—Oradores liberales.
- No. 74.—Oradores conservadores.
- No. 75.—Sermones, por José Manuel Mosquera.
- No. 76.—Oradores sagrados de fines del siglo.
- No. 77.—Sermones y Discursos, por José Vicente Castro Silva.
- No. 78.—Selección oratoria, por Juan Crisóstomo García.
- No. 79.—Oradores sagrados, por J. M. Marroquín.
- No. 80.—Los jóvenes oradores sagrados.

Sección 9ª: Los poetas

- No. 81.—Flores de varia poesía, por varios autores.
- No. 82.—Del dolor y de la muerte.
- No. 83.—Del amor y de la mujer.
- No. 84.—Los poetas de la Naturaleza.
- No. 85.—Ingenios festivos.
- No. 86.—Del Amor divino.
- No. 87.—De la Patria.
- No. 88.—Fábulas y cuentos.
- No. 89.—Las mejores poetisas colombianas.
- No. 90.—De otras tierras.

Sección 10ª: Teatro

- No. 91.—Doraminta, por Luis Vargas Tejada.
- No. 92.—Atala y Guatimoc (Tragedias en verso), por José Fernández Madrid.
- No. 93.—Piezas de teatro, por Carlos Sáenz Echeverría y José Manuel Lleras.
- No. 94.—Un Alcalde a la antigua, por José María Samper.
- No. 95.—Lo irremediable, por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot.
- No. 96.—Traducciones teatrales, por Roberto Mc. Donall y Víctor E. Caro.
- No. 97.—El tesorero, por Angel María Céspedes.
- No. 98.—Fuego extraño, por Antonio Alvarez Lleras.
- No. 99.—El iluminado, por Luis Enrique Osorio
- y 100.—El regreso de Eva, por Jorge Zalamea.

Distribuye estos preciosos libritos la Secretaría de Relaciones Exteriores, Bogotá, Colombia.

Ud. consigue este semanario en la Habana con la señorita

Matilde Martínez Márquez

Señas:

Apartado 2007 - Teléfono Foo 2539

Una visión de una Centro América superior Chile y Centro América en este momento

"Creación de grandes intereses comunes para destruir los intereses pequeños locales"

(Envío del autor).

En la celebración del aniversario de la Independencia de Centro América, este año que acaba de terminar, hubo un acto solemne en el salón de honor de la Universidad Nacional de Chile, iniciado por el Instituto Chileno-Costarricense de Cooperación Intelectual. Lo presidió el Rector de la Universidad don Juvenal Hernández, diplomáticos, funcionarios del Gobierno y profesores. Y asistieron las colonias centroamericanas y numeroso auditorio. En la plataforma de la Directiva tomaron asiento el Ministro de Guatemala, don VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA y los Cónsules centroamericanos. El Presidente del Instituto hizo el discurso de apertura, y luego habló nuestro Cónsul, don Alejandro Oreamuno. Una gran Bandera de Centro América se veía entrelazada a la de Chile, en medio y en lo alto del escenario. Un Orfeón de cien voces, del Internado Barros Arana, el principal colegio de Santiago, cantó un Himno a Centro-América.

En aquella ocasión el Sr. RODRIGUEZ BETETA dijo el siguiente discurso, que recogemos de la prensa santiaguina.

Aunque el privilegio de dirigiros la palabra me haya correspondido nada más que por ser el único representante diplomático en Chile de un país centroamericano, mi misión ahora no es diplomática, en el sentido corriente de la palabra, sino diplomática en el más alto concepto de la diplomacia: una diplomacia respaldada por el corazón.

Porque con el corazón saludo a las cinco banderas de los cinco países centroamericanos, representados en Chile y en este acto por sus dignos Cónsules, en cuyo nombre ha hablado mi ilustre amigo y colega, don Alejandro Oreamuno, Cónsul de Costa Rica y Decano de la Colonia centroamericana en Chile. Pero el corazón que saluda a las cinco banderas centroamericanas cobra altura y fuerzas cuando saluda a esa bandera que está en medio y abrazada a la bandera de Chile: la bandera de esas cinco repúblicas refundidas en una sola: la República de Centro América del pasado y del porvenir.

LA BANDERA CENTROAMERICANA

Nació ella del amor y de la ilusión. Fué rota en cinco pedazos por el realismo de la historia y del dolor. Pero ella aun palpita y sueña. Su sueño se quema en la misma llama en que se quemó Bolívar cuando con su espada trazó el destino de Hispano América y con su genio anunció en los siglos una Hispano América aún más grande. En la misma llama de las palabras de O'Higgins, cuando en los débiles barcos que se lanzaban serenamente al mar Pacífico vió las tablas de la ley de la libertad de América...

Pero en esta Universidad, que viene, de tal suerte, conforme sus mejores tradiciones, a ser la primera donde se rinde un homenaje a esta gran bandera de los centroamericanos, debo refrenar mis sueños de soñador, y recordar que ante todo debo hablar como lo que he sido y deseo ser ante todo: un modesto profesor de Universidad. De la Universidad de

Guatemala y de una cátedra que ha sido allá casi de mi inventiva: la Historia de Centro América, pero no la historia que se cuenta a diario, historia de sucesos políticos, sino la que no ve en el suceso político sino un accidente, un simple efecto, y trata de encontrar las causas de fondo que rigen física y biológicamente la marcha de las sociedades y arrastran a hombres y pueblos por derroteros inapelables, ante los cuales el designio individual casi se desvanece y el destino se erige en sombra desconcertante. En otros términos, la historia de Centro América a base de sociología.

Los actuales cinco países de Centro América: Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, patria común de grandes ingenios, como Rubén Darío, como Pepe Batres, apellidado por Menéndez Pelayo príncipe del humorismo del habla castellana; poetas excelsos de ático clasicismo como Rafael Landívar, que describió la naturaleza americana y de quien el mismo Menéndez Pelayo dice que sólo le faltó haber escrito no en Latín sino en Castellano para arrebatarnos la palma a todos los poetas de América, acaso sin excluir a don Andrés Bello: patria común de héroes que han dado su vida por la unión centroamericana (única causa, según dijo alguien, por la que se puede morir en Centro América); de estadistas audaces que en los tiempos en que don Andrés Bello escribía el primer Código Civil ya habían puesto en vigor allá, hace cien años, a título de ensayo, el matrimonio civil, el divorcio, la separación absoluta entre la Iglesia y el Estado. Esos cinco países, digo, formaron uno solo desde los primeros días coloniales hasta los últimos, bajo el nombre de Capitanía General de Guatemala. En la ciudad de Guatemala, hace hoy 118 años, se hizo la Independencia de los cinco, en forma pacífica, sin efusión de sangre, y el país se organizó como una república federal.



un individualista y su gran ley

¿Por qué no pudo mantenerse esa sola república? Si queremos llegar al fondo de las cosas, porque no se habían creado en Centro América, ni los patricios de aquel tiempo los pudieron crear, intereses grandes comunes. Por lo tanto, sólo los intereses pequeños hicieron su camino.

SÍNTESIS SOCIOLOGICA UNIVERSAL

Porque, si quisiéramos llegar a una síntesis sociológica universal, podríamos decir que quizás el avance de la humanidad no sea sino una lucha continua entre el esfuerzo por crear grandes intereses comunes y el esfuerzo de los intereses pequeños por no dejarlos crear. A medida que avanzan los intereses grandes, como en grandes círculos de águilas, sobre la ruina de los pequeños, la humanidad avanza. Apliquémosle al doloroso momento actual del mundo. ¿Qué es esta nueva espantosa guerra europea, que ya se hacía casi hasta imposible de concebir? Lucha de intereses grandes contra intereses grandes, pero que vienen a resultar pequeños ante los más grandes y superiores intereses de la humanidad. ¿No son, pues, los grandes intereses humanos, la paz, el respeto a la vida ajena, hacer buena y bella la vida para nosotros y para los demás? Pero como no hay todavía esa comunidad de intereses grandes, predominan los otros, que por grandes que parezcan, resultan pequeños, porque son locales, y aparejan, por tanto, todo lo contrario: la muerte, el exterminio, el espanto, el retroceso humano.

Y es que por desgracia los intereses pequeños son los que mueven la máquina del mundo y el alma humana hecha máquina. Sólo los hombres superiores, ya se les llame soñadores, idealistas y aún utópicos, piensan en los intereses superiores. De ahí el peligro al hablar de problemas como el del acercamiento y la unión de los pueblos hispanoamericanos. No debemos hacer sólo hincapié en los intereses superiores y comunes que nos ligan: interés de la misma lengua, de casi la misma raza, de casi la misma historia. El propósito debe ser, más que hablar de los intereses grandes, tratar de destruir los pequeños, que son los que más a fondo trabajan.

LO QUE PASÓ EN CENTRO AMÉRICA

En Centro América faltó la creación de intereses grandes que oponer a los pequeños intereses que nos corroían, como las pequeñas hormigas que introduciéndose por los cascotes acabaron por matar a los grandes animales antediluvianos. La geografía ha determinado, más que sobre ningún otro país de América, el destino de Centro América. La región más bella del planeta y mejor situada, así como Constantinopla, la llamó Napoleón III, que sabía lo que decía porque había buscado el centro geográ-

fico de convergencia de todas las líneas marítimas del mundo. Pero no era rica en minas. Era muy estrecha de territorio, y la madre patria, cuya geografía económica era muy deficiente, no se acordó de robustecer aquel lado flaco de su imperio en América. Por ello fué Centro América la Cenicienta de la colonia. Todos los piratas de la tierra se apoderaban de ella, para mejor dominar los dos océanos. Aun el pleito que hoy tiene Guatemala, y con ella toda Centro América, por recuperar una extensa faja de su territorio continental, llamada Belice, todavía indebidamente en manos de una gran potencia europea, es un resabio de aquellos siglos de piratería. El país barrancoso hizo difíciles las comunicaciones, sepultó ideas grandes. No hubo caminos comunes, no hubo comunes salidas al mar y al comercio. A la hora de la Independencia sólo aparecieron los intereses locales, secularmente desarrollados, las intolerancias ideológicas, el fanatismo, el viejo prejuicio aristocrático incapaz de una concesión al general impulso democrático: todo intereses pequeños. No hubo siquiera (¡ojalá la hubiera habido, como en el Sur!) una cruenta guerra por la Independencia, que hubiera machacado los localismos en el gran mortero de un interés común por la libertad.

SE TRATA DE COMBATIR LOS INTERESES PEQUEÑOS. NO MÁS GUERRAS. NO MÁS PLEITOS DE FRONTERAS

Y en esto estamos de lleno en Centro América hoy día, tratando de destruir intereses pequeños. Es lo que, en pequeño, pero no en vano hacemos aquí esta tarde. El interés pequeño de los diplomáticos o los Cónsules sería que se rindiera homenaje sólo a sus particulares banderas. Por encima de tal sentimiento ponemos el superior de que se rinda homenaje, como expresión síntesis suprema, a esta Bandera de la Patria Unica de los centroamericanos.

Así estamos haciendo en Centro América, decía. ¿Qué interés más pequeño y más separatista, en toda Hispano América, que los pleitos de fronteras?

En Centro América ya no hay temor de una guerra por ese problema. Los demás países pusimos paz cuando recientemente dos de ellos se manifestaron otra vez con semblante airado. Guatemala y el Salvador arreglaron la vieja cuestión de su frontera indecisa, sin necesidad de árbitros siquiera, como buenos amigos. A todos los países de América nos sobra tierra y nos falta población. Pero los pequeños intereses tratan de llevarnos al pleito por la tierra que nos sobra. ¿Qué otro interés más pequeño que el de las pequeñas guerras que le dieron, durante un siglo casi, triste fama a Centro América? Intereses pequeños de gobernantes y políticos arrastraban generalmente a ellas. Hace treinta años, no hay una sola guerra entre dos de sus repúblicas. Noblemente funcionó una Corte de Justicia Centro Americana, haciendo paz y justicia para los cinco, hasta que vinieron a destruirla, no los intereses pequeños de los centroamericanos sino los pequeños intereses del Imperialismo extranjero.

SUPRESIÓN DE TARIFAS ADUANERAS. CERTÁMENES ANUALES REFUNDIDORES DE INTERESES

¿Qué mayor pequeño interés, en el caso de aquellos cinco países, que las tarifas aduaneras? Muchas veces una tarifa aduanera responde sólo al espíritu de monopolio y absorción de una compañía extranjera, o de un monopolizador nacional. Nosotros estamos rompiendo ése interés pequeño y creando el interés grande de un comercio libre común.

Cinco votos unidos representan fuerza en una asamblea internacional. Juntarlos es crear un interés grande común. Ya Juntos se presentan y votan los cinco países centroamericanos en las grandes asambleas del continente o del mundo. Hacer leyes comunes sobre enseñanza, salubridad pública, ciencia y artes, es interés grande. En los últimos tiempos hay en Centro América dos o tres congresos anuales de todo ello. Certámenes comunes, hasta de Filatelia. Una Exposición anual se celebra en Guatemala, en donde los cinco países exponen todos los productos de su suelo y de su industria. Así se animan cada día más a suprimir sus reductos aduaneros, viendo cómo entre sí pueden ayudarse sus productos y sus industrias en vez de combatirse; a ayudar a la labor de la carretera de automóvil, que une ya tres capitales y pronto unirá las cinco; a seguir atentamente el vuelo del aeroplano, que en seis horas recorre los cinco países, y que no debiera andar en ninguna parte más de prisa que el buen sentido de los hombres. Y que no debiera arrojar, como sucede hoy en otras partes, bombas sobre mujeres y niños sino sólo mensajes del cielo.

Líneas aéreas comunes, carreteras co-

Experiencia y razón

Las ciencias han sido tratadas o por los empíricos o por los dogmáticos. Los empíricos, semejantes a las hormigas, sólo saben recoger y gastar; los racionalistas, semejantes a las arañas forman telas que sacan de sí mismos; el procedimiento de la abeja ocupa el término medio entre los dos; la abeja recoge sus materiales en las flores de los jardines y de los campos, pero los transforma y los destila por una virtud que le es propia. Esta es la imagen del verdadero trabajo en la filosofía, que no se fia exclusivamente de las fuerzas de la humana inteligencia y ni siquiera hace de ella su principal apoyo; que no se contenta tampoco con depositar en la memoria, sin cambiarlos, los materiales recogidos en la historia natural y en las artes mecánicas, sino que los lleva hasta la inteligencia modificados y transformados. Por esto todo debe esperarse de una alianza íntima y sagrada de esas dos facultades experimental y racional, alianza que aún no se ha verificado.

Lord Bacon, *Nuevo Organon*. Madrid. 1892).

Con la

CENTRAL DE PUBLICACIONES S. A.
Avenida Juárez, 4. Apartado 2430.
México D. F. México. Tels. Eric.
2-59-75 y 20-838 Méx. L-94-30, con-
sigue Ud. este semanario.

munes, amistad entre los centro-americanos, que es lo que más les faltó en los siglos del pasado y lo que en último análisis los llevó a la disgregación. Por todo ello esa bandera resplandece con honor en estos momentos y bajo las alas de esta Universidad, que es protectora tradicional de grandes ideas Hispanoamericanas, como que sabe que sirve de portavoz al pensamiento del pueblo que en el extremo sur del continente es el que menos localismos ha tenido en el continente. Dígallo, si no, el gran centroamericano Antonio José de Irisarri, que aquí halló segunda patria y llegó hasta Director Supremo de la Nación que nacía en los albores de la Independencia.

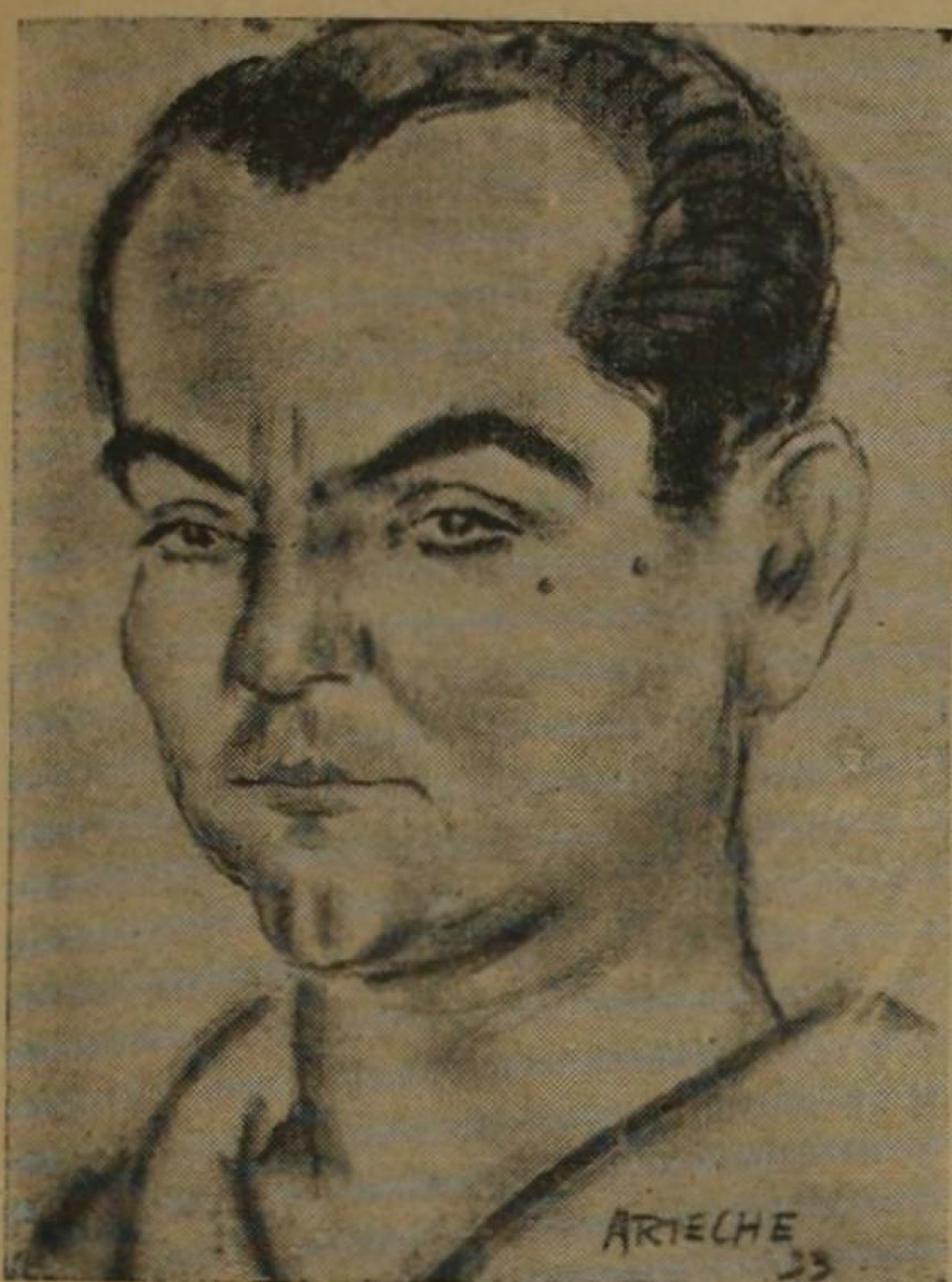
CREAR GRANDES INTERESES ENTRE CHILE Y CENTRO AMÉRICA

Traigo este recuerdo, porque ninguno más fundamental en la tradición de la gran simpatía que ha unido siempre a Chile con Centro América. Creando grandes intereses comunes también estamos entre ambos pueblos. Chile este año (y doy esta magnífica buena nueva) concurrirá a aquella Exposición Centroamericana. Estamos en vísperas del primer barco que desde Chile visite periódicamente las costas y puertos centroamericanos. El gran interés común de abrazarse los pueblos distantes, de afinidades espirituales, borrando la distancia y el mar. Nunca la amistad ha sido más cordial entre centroamericanos y chilenos. Empieza a dar frutos prácticos el semillero de estudiantes centroamericanos formados en estas aulas. El evangelio esparcido por Irisarri en todas partes de América. El verbo profético de Rubén Darío. Las actitudes de Balmaceda, el ilustre repúblico, que fué, por cierto, el fundador del Internado Barros Arana, aquí presente y colaborador magnífico en nuestra fiesta, con el objeto de hacerlo foco de convergencia de todos los muchachos estudiantes de Hispano América. Chile está ayudando a Centro América para la recuperación de Belice y la reintegración de su territorio histórico y legítimo. Centro América ha ayudado a Chile con ardor en la defensa que éste acaba de hacer del derecho de asilo, en su controversia con España.

Por todo ello, por Chile y por Centro América, esa Bandera luce bien allí donde está en ese sitio de honor, refundiendo, en hermosa síntesis suprema, las cinco banderas centroamericanas. Por eso lucen hermosamente sus colores de azul y blanco y sus cinco volcanes, cantados por Víctor Hugo. Esos colores, como los sintieron los próceres en el fondo de su corazón que señalan el camino de la paz, el patriotismo y el ideal humano, todo ello concordante, a los pueblos de América. Sigamos ese camino de azul y blanco, en que ha sido tan buen guía esa estrella brillante y eterna de la bandera de Chile a la cual está abrazada, en esta fiesta, la de Centro América.

VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA.

(1) El Orfeón del Barros Arana a cien voces, cantó en este acto el Himno a la Unión Centroamericana.



Fed. García Lorca
(Según dibujo de Arteche)

Federico García Lorca

In Memoriam

(De España Peregrina. México, D. F. Enero de 1940)

El poeta Federico García Lorca murió asesinado en Granada a mediados de septiembre de 1936. Al amanecer de la Falange. Es inútil y antiespañol, tratar de ocultar o disimular esta muerte y el hondo sentido de su significado, verdaderamente español por popular y universal: humano. A Federico García Lorca lo asesinaron quienes han asesinado a España en sus pueblos vivos. Quienes por la traición cainita la entregaron a bárbaros que, sin ellos, no hubiesen podido invadirla, y destruirla, desangrándola. El poeta Federico García Lorca, víctima inocente de este crimen, es el más puro y claro ejemplo español del martirio de un pueblo entero. Y esta es también su gloria. Y nuestra gloria. A la que ningún español auténtico podrá renunciar nunca. Y no por venganza, sino por justicia y por verdad. Por la justicia que es la verdad, como decía Sófocles y repetía nuestro Unamuno. La verdad es que a Federico García Lorca lo asesinó en Granada un puñado de malos españoles a las órdenes del movimiento militar y clerical que entonces se levantaba contra el Estado, contra el pueblo y su Ley. Y lo asesinaron cobardemente. Sacándolo a la madrugada de la casa en que estaba y fusilándolo en la carretera, dejándolo allí muerto en la cuneta. Pero la orden de muerte fué firmada por la autoridad de Granada que en aquellos instantes representaba formalmente a la Junta de Burgos, al Gobierno de Franco. Que conste así. Los instigadores del crimen fueron los jóvenes pertenecientes a «Acción Popular», o sea las llamadas juventudes católicas, instigadas a su vez por sus autoridades eclesiásticas. Que esto conste también. En la sangrienta paparrucha de la militarada clerical que ha traicionado y

Grito hacia Roma

(Desde la torre del Chrysler Building)

Manzanas levemente heridas
por finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,
rosas que hieren
y agujas instaladas en los caños de la sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares,
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,
ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslúcidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: Amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: Paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: Amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.

FEDERICO GARCÍA LORCA

(New York 1929-30)

destrozado a España, el nombre del poeta Federico García Lorca grita con su sangre inocente la verdad y la justicia de su pueblo español, y es, para sus verdugos, la acusación más clara y más terrible.

Oígaselo tal como clamaba por anti-

cipado en su importantísimo poema inédito *Grito hacia Roma* (del libro *Poeta en Nueva York*) cuyas primicias ESPAÑA PEREGRINA se complace en ofrecer a sus lectores, llamándoles la atención sobre el extraordinario aliento profético que le anima.

Anécdotas

(Viene de la página 135)

hubo de consignar: «Debes, hijo mío, ser muy desvergonzado, con los ojos bajos, que en siendo con capa de virtud se llama «libertad cristiana...» «Murmurarás de todos pero cuidado con los «peros». Quiero decirte que entres alabando, mas luego echar el «pero», que éste es la quinta esencia de la murmuración».

* * *

En cierta coyuntura acercósele un mendigo a Schopenhauer, en demanda de una limosna, y como al extender la mano le demostrara su gratitud, el filósofo, extremando su habitual pesimismo, arguyó:

—No te doy para que me lo agradezcas, sino para que sigas viviendo.

Hallábase en la puerta de la Casa Amarilla el que estos rápidos apuntes pergeña, en compañía del memoratísimo José Austria. Acercósele un sujeto de trazas al parecer venerables, y al decirle:

—¿Cómo que me creías muerto?

El pensador con su insita flema británica, sacó del bolsillo una moneda de dos bolívares, y dándosela, respondió:

—Yo nunca me hago ilusiones.

* * *

Circunstancia hubo en que Eloy G. González, cuyo nombre está por cima de todo elogio, en una de las precarias situaciones económicas que injustamente ha padecido, entróse con una obra debajo del brazo en cierta librería de lance, y como un amigo le preguntase adónde iba, respondióle al punto, no sin énfasis tribunicio:

—Convéncete de que no hay sino tener amistad con los grandes hombres: anoche cené con Goethe; hoy voy a almorzar con Víctor Hugo.

* * *

Tiempos calamitosos corrían para Luis Churión, el excelso poeta que suele eternizar en mármol sus estrofas.

Bajo el dombo de los árboles de la colina histórica, en romántico abandono, joya de la ciudad y recreo y alivio de caminantes, advirtió a un su amigo:

—En tales tiempos no hay como apelar al recurso de los libros.

—¿Para solazarnos con su lectura?

—No; para venderlos.

* * *

Entre ahora un volumen ascético: «Molestias del trato humano». Su autor, el padre Juan Chrisóstomo de Oloriz, quien nos enseña cómo puede esquivarse a los importunos que nos atosigan por todas partes, con el cúmulo de sus sandeces, constituyendo positivo azote.

Además de cosas de trascendente filosofía, relata Oloriz una anécdota del gran fabulista griego, que tiene mucha semejanza con otra de Luis Lovera Castro, cuya es esta apreciación harto pesimista: «El mundo es un error de la nada. Y no hay que criticar a Dios que lo haya hecho tan malo, porque es la obra de un principiante». Fué un humorista a su manera original, y poseyó un ingenio zahorí. Se hallaba una noche en

los contornos de la Plaza Bolívar. Alguien se acercó para molestarle, y a la pregunta de rigor:

—¿Cómo está, don Luis?

Contestó con filosófico desparpajo:

Aquí, mi buen amigo, disfrutando del inmenso placer de estar solo.

Pues bien, Esopo fué más allá. Encontrábase a solas, según tenía por costumbre, en su retiro. Entró a visitarle uno de tantos necios, y el saludo fué el siguiente:

—No sé cómo podéis vivir tan solo.

A lo que respondió Esopo:

—Os aseguro que he empezado a estar solo desde que habéis entrado.

* * *

Tanto citó el apotegma de Murillo Toro: «En América todos somos café con leche: unos, un poco más café; otros,

un poco más leche», Laureano Vallenilla Lanz, que los más de los lectores lo tomaron por suyo, no siéndolo.

Fué Murillo Toro Presidente de la República de Colombia; el que trató por todos los medios posibles, de suavizar los delitos políticos. Fué además, grande orador. Cuando llegó a Caracas, pobre y proscrito, ¿qué mucho que otro grande orador nuestro, Morales Marcano, injustamente preterido, le diese la bienvenida? No escogió para ello un diapasón altisonante, sino uno breve y sencillo: «Ha llegado a Venezuela un americano verdaderamente ilustre». Lo cual maldita la gracia que le hizo a Guzmán Blanco, en el ápice del Poder y de la vanidad; expidió la orden conminatoria que cumplióse acto continuo, y el insigne humanista cumanés fué a dar con sus huesos en la cárcel.

EDUARDO CARREÑO

Cabos sueltos

La moral en quiebra

Comentando François Mauriac esta posibilidad siniestra, dice que ella no sería sino la realización de la profecía de Nietzsche: «La muerte de la moral es el espectáculo reservado para los próximos tiempos de la historia europea. Espectáculo terrible entre todos».

Epitafio de la Europa reconstruida bajo el triple signo de la hoz, el martillo y la cruz gamada. Mauriac se revela contra la posibilidad de semejante horror. El cree que el exceso del mal traerá una vez más el remedio. Para el humanista cristiano, los monstruos no tienen realidad. ¿Qué sería en efecto un mundo sin moral? ¿Es concebible? ¡Quién sabe! Los hombres como el aprendiz de mago, crearon, sin saber a qué horas, el fantasma cruel que los devorará. Una humanidad carente de ética, se destruirá a sí misma en breve. Acaso este será el destino del hombre y este el fin de su paso sobre la tierra. La moral internacional, ya no existe. Y de la misma manera que un pueblo fuerte

ataca a uno débil, y asesina a sus mujeres y a sus niños y lo reduce a la esclavitud, así el hombre fuerte impondrá su voluntad sobre el débil y lo explotará y lo someterá a la tortura. Holanda y Bélgica temen a cada momento ser víctimas de un atropello, y sin haber cometido ninguna culpa, pueden ver arrasados sus campos, incendiadas sus ciudades y ultimados por millares sus pacíficos habitantes. Habrá quiebra más grande de la moral? El exceso del mal debe poner en pie a todos los pueblos libres de la tierra para defenderse del enemigo común.

(De CALIBAN. *El Tiempo*. Bogotá, 15-XI-39.)

*

Lord Bacon

Espíritu eminente, inteligencia distinguida entre las más elevadas en una época en que florecieron sabios y metafísicos como Gilbert, Galileo, Kepler, Harvey, Campanella, Sánchez, Vanini, Terricelli, Van Hedmont y el mismo Descartes, apenas si consigue despertar en la posteridad la simpatía y el entusiasmo que conquistaron tantos de sus contemporáneos, sobre todo los mártires sublimes que arrostraron la persecución y la muerte por sus convicciones científicas. La frialdad que de ordinario acompaña a la admiración tributada a lord Bacon, se explica por la ductilidad de su carácter, por la falta de superioridad moral que completase e hiciese resaltar su incontestada superioridad intelectual. En la apreciación de la posteridad las dotes morales llevan ventaja muchas veces a los atributos de la inteligencia.

(De Teixeira Bastos, prólogo al *Nuevo Organon* de F. Bacon. «Biblioteca Económica Filosófica», Madrid, 1897.)

Este semanario, en los Estados Unidos, lo puede obtener por medio de:

F. W. FAXON CO.
SUBSCRIPTION AGENCY

FAXON BUILDING
83 FRANCIS STREET
BACK BAY
BOSTON MASS.

AHORRAR
*es condición sine qua non de
una vida disciplinada*

DISCIPLINA
*es la más firme base del
buen éxito*

LA SECCION DE AHORROS
— DEL —

**Banco Anglo
Costarricense**

(el más antiguo del país)

*está a la orden para que Ud.
realice ese sano propósito:*

AHORRAR

La vanidad y el talento . . .

(Viene de la página 136)

o menos defectos — en mi sentir, más — es una de las primeras tentativas para hacer arte continental.

Si los libros de Bonafoux revelaban su mal genio («Bilis», «Palos», etc.): los de Miguel Eduardo Pardo decían a voces su nerviosidad, («Volanderas», «Al trote», etc.) Inteligente y animoso, hubiera dejado huella firme si la tuberculosis no se lo lleva. Estaba enredado con una dama un tanto entrada en carnes, que tenía un negocio de modas cerca de la Plaza de Ternes, si la memoria es fiel. El cortejo salió, naturalmente, de casa de ella. El enfermo quiso venir a morir allí. Apunto el detalle porque subraya el romanticismo reinante.

Entre el grupo exiguo, que no llegaba a completar la docena, recuerdo a Rubén Darío, Gil Fortoul, Vargas Vila y algún otro.

Vargas Vila tomó la palabra y la conservó desde que salimos de la casa hasta que nos dispersamos, después de beber una copa de cerveza en un café.

Pocas veces habíamos oído conversar con tan feliz locuacidad. De anécdota en paradoja, nos hizo perder hasta la noción del acto que nos congregaba. La vanidad estruendosa abría de tiempo en tiempo en el monólogo una posibilidad de insinuar el diálogo intercalando una sonrisa. Pero, a pesar de las desafinaciones, todos nos sentíamos deslumbrados por los fuegos artificiales que se quemaban en nuestro honor.

Muy a menudo se dijo:

—¿Por qué no escribe Vargas Vila cuando conversa?

A lo cual he respondido siempre:

—No comparto el juicio hostil. Podrá ser discutible su literatura bajo muchos aspectos; pero no cabe duda de que con sus yerros visibles, ha traducido un momento de la emoción americana.

Digo esto con imparcialidad. Porque nunca tuve amistad con él.

Nos vimos en la vida cuatro o seis veces, al azar de los viajes. No fuimos enemigos tampoco. Es por lo menos, lo que creo. Dentro de la vida literaria nunca sabemos nada.

La última vez que le encontré fué en Barcelona, en 1920.

—Ya se les va pasando el sarampión — me dijo.

—¿Qué sarampión? pregunté.

—El sarampión vargasvilista; toda la juventud de ultramar lo tuvo un momento . . .

Hablaba con sonrisa orgullosa, y acaso, también con un poco de tristeza.

Después emprendió el viaje tardío por América, donde le recibieron con acentuada frialdad. En Buenos Aires sobre todo, de donde salió diciendo cosas acerbadas e injustas, que evidenciaban el despecho. Anunció que escribiría un libro sobre los salvajes. Ignoro si realizó el proyecto. Sólo sé

que volvió a Barcelona, donde murió poco después.

Se hallaba emparentado, desde el punto de vista temperamental, con Luis Bonafoux y con aquel escritor cubano, ya olvidado, llamado Emilio Bobadilla, que firmaba Fray Candil. Mucho más talentoso que ellos, desde luego, pero irritable y vengativo, cultivaba con fruición el dictorio y era, como decimos en América, paraíso del neologismo, un panfletario temible.

Con tales antecedentes, es de suponer la reacción que produjo en su espíritu el saludo distraído de Buenos Aires y las fórmulas irrespetuosamente chacoteras que dejaron tan resentido a Anatole France.

Porque aquí cabe decir que cuando Anatole France regresó a París no escondía sus indignaciones.

—Figúrense ustedes — declaraba a sus contetulios — que un mocozuelo me detuvo en la calle familiarmente para decirme: «Vea don Anatolio, ¿por qué no se corta la perita?»

No sé si Jean Jacques Brousson ha recogido el detalle, pero es auténtico. Lo he oído de los propios labios del ofendido escritor.

Todo esto resulta circunstancial. Pero Vargas Vila no tenía el escepticismo de Monsieur Bergeret. Hombre impresionable, se encrespaba ante cuanto juzgaba desconocimiento de su jerarquía. Su vida fué una lucha sin tregua para transformar en desafío gallardo las amargas decepciones. Sin embargo, por encima de la vanidad tuvo un profundo y lacerante dolor; la repulsa y el olvido de su tierra colombiana.

El anatema contra los tiranos y el terco anticlericalismo le convirtieron en persona poco grata para las fuerzas preeminentes dentro de su país. Forzó la nota agresiva en las admoniciones, hasta causar heridas irreparables. Levantó rencores que se borrarán difícilmente. Pero fué, sin duda alguna, dentro de su patria, el escritor que alcanzó mayor renombre y el que ha dejado hasta ahora libros más recios y memorables.

Recurriendo a la prosa familiar, como el audaz mozalbete frente a Anatole France, cualquiera pudo decir a Vargas Vila:

—¿Por qué no se afeita la vanidad?

Aunque la vanidad no es cosa nueva en la literatura, en el teatro, en la política, en las finanzas, hasta en la vida social. Si tantos se envanecen de una condecoración, de una herencia, de un auto, de un traje, de todo lo que viene de fuera, ¿por qué no se han de envanecer otros de la chispa interior que les permite ver más lejos que los demás? El especulador, el político, se ufanan de su poder en el tiempo en que viven, ¿por qué no se han de ufanar, con ventaja, el escritor y el artista de su crédito en el tiempo que vendrá?

Claro está que todo esto dentro de

cierta medida equilibrada y humana. Blasco Ibáñez, por ejemplo, tenía un orgullo levantino de naranjales estridentes.

—Como mi automóvil — solía decir — no hay más que dos en el mundo: uno lo tengo yo y el otro el Rey de Inglaterra . . .

En los delirantes arrebatos de jactancia con que amenizaba su inefable sencillez bonachona, declaraba a veces también.

—En mi casa entra el dinero por las ventanas.

Palabras que dieron lugar, cierta vez, a que Alejandro Sux, muy pobre por entonces, se precipitase, mitad en serio, mitad en broma, hasta la ventana, gritando:

—A ver . . .

Pero el «pericarpio pulposo», como llamaban algunos en el medio literario de París a Blasco Ibáñez, sin que nadie supiera por qué, se entregaba únicamente a esos desbordes cuando alguien pretendía sobreponerse. En estado normal, entre amigos que estimaba, escondía las uñas y era el más cordial de los mortales. Pocas veces he hallado un hombre tan desprovisto de literatismo, tan entregado a su obra, tan ajeno a la miseria profesional. Se derramaba en burbujas si la hostilidad le cercaba. Cuando en Buenos Aires corría aquello de «fiasco y bññese», el cangrejo abría sus tentáculos para apretar donde podía. Desafinaba en defensa propia.

Vargas Vila no atinó a dosificar. La soberbia tué su talón de Aquiles, supo poner vanidad en el talento, pero no supo poner talento en la vanidad. En la perspectiva panorámica, la presunción esconde la obra, con ser ésta elevada y grande. Por eso he destacado por orden de importancia las facetas. Así surge la fisonomía con su empaque habitual.

MANUEL UGARTE

Viña del Mar, Chile, enero de 1940.

Memorizaba sin afición

El clérigo me reñía siempre no obstante, saberme perfectamente las lecciones. Una vez le preguntó Upadichevski por qué razón Aksakov, el alumno más aplicado en todas las asignaturas, no se hallaba entre los mejores discípulos de aquella clase y si tal vez no sabía bien las lecciones. Le respondió el clérigo: «No, las lecciones las sabe admirablemente; pero no tiene gran afición al Catecismo e Historia Sagrada».

(De S. T. Aksakov, en *Recuerdos de la vida de estudiante*. Espasa-Calpe. Madrid 1930).

Sobre los problemas sociales, por Carlos Vaz Ferreira Editorial Losada, Buenos Aires, 1939.

Un gran pensador de América pronuncia su palabra sobre

EL DRAMA DE NUESTRO TIEMPO

Individualismo y Socialismo. Democracia y Dictadura. El Capital, el Trabajo, la Lucha de Clases. La Tierra, la Propiedad, la Herencia. El Deber de los Jóvenes.

Todos los problemas de la hora, analizados con novedad, hondura e independencia en un libro de crítica y de soluciones.

Precio del ejpr. 3 50
Con el Adr. del Rep. Am.

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELÉFONO 3754
En Costa Rica,
Suscripción mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPÁNICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSÉ MARTÍ.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.

Giro Bancario sobre
Nueva York



Los molinos de viento

(De *Meditaciones del Quijote*. En las Obras de José Ortega y Gasset. Madrid. 1932)

Es ahora para nosotros el campo de Montiel una área reverberante e ilimitada, donde se hallan todas las cosas del mundo como en un ejemplo. Caminando a lo largo de él con don Quijote y Sancho, venimos a la comprensión de que las cosas tienen dos vertientes. Es una el «sentido» de las cosas, su significación, lo que son cuando se las interpreta. Es otra la «materialidad» de las cosas, su positiva substancia, lo que las constituye antes y por encima de toda interpretación.

Sobre la línea del horizonte en

estas puestas de sol inyectadas de sangre—como si una vena del firmamento hubiera sido punzada—levántanse los molinos harineros de CRIPTANA y hacen al ocaso sus aspavientos. Estos molinos tienen un sentido. Como «sentido» estos molinos son gigantes. Verdad es que don Quijote no anda en su juicio. Pero el problema no queda resuelto porque don Quijote sea declarado demente. Lo que en él es anormal, ha sido y seguirá siendo normal en la humanidad. Bien que estos gigantes no lo sean; pero... ¿y los otros?, quiero decir,

¿y los gigantes en general? ¿De dónde ha sacado el hombre los gigantes? Porque ni los hubo ni los hay *en realidad*. Fuere cuando fuere, la ocasión en que el hombre pensó por vez primera los gigantes no se diferencia en nada esencial de esta escena cervantina. Siempre se trataría de una cosa que no era gigante, pero que mirada desde su vertiente ideal tendía a hacerse gigante. En las aspás giratorias de estos molinos hay una alusión hacia unos brazos briareos. Si obedecemos al impulso de esa alusión y nos dejamos ir

según la curva allí anunciada llegaremos al gigante.

También justicia y verdad, la obra toda del espíritu, son espejismos que se producen en la materia. La cultura la vertiente ideal de las cosas—pretende establecerse como un mundo aparte y suficiente, adonde podemos trasladar nuestras entrañas. Esto es una ilusión, y sólo mirada como ilusión, sólo puesta como un espejismo sobre la tierra, está la cultura puesta en su lugar.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Estoy con Ustedes

EMBAJADA DE COLOMBIA

Santiago de Chile marzo 28 de 1940.

Señor don
J. García Monge
San José de Costa Rica.

Admirado amigo:

Aunque llevaba meses sin que recibiera directamente el REPERTORIO, no vaya usted a pensar que lo he dejado de leer. Eso no sería para mí posible, porque la Revista, cada día mejor orientada por usted, es uno de mis hábitos indelebles.

Decimos y hacemos cada uno de nosotros cuanto encontramos viable para contribuir a la penetración intelectual de nuestras patrias. Y es preciso reconocer que cada día nos acercamos mejor a lo práctico y eficaz. El americanismo, que llegó a desacreditarse con varios títulos, empieza a resucitar con un vigor que los pesimistas no le supondrían. Y en tal resurgimiento, o lo que es más meritorio, en haber impedido su desaparición, le corresponden a usted y le corresponden a su periódico, las glorias del esfuerzo mejor dirigido.

En una de las últimas entregas leí varios documentos relativos al homenaje que muchos de los mejores literatos americanos proyectan ofrecerle a mi ilustre compatriota el Maestro Sanín Cano, cumbre augusta y serena de la inteligencia colombiana, orgullo del pensamiento continental y ejemplo de austera consagración y de tenaz trabajo en las letras castellanas. Y me apresuro a dirigirme a usted para que conste en las páginas del REPERTORIO AMERICANO mi adhesión no sólo irrestricta, sino apasionada

a tal homenaje, expresión de justicia y de sagacidad de los escritores de nuestros pueblos. Cuando los voceros del espíritu llevan su admiración a Sanín Cano, están diciendo cuáles son sus predilecciones mentales y morales, y por lo mismo están dándole a nuestro mundo americano la esperanza de un combate eficaz en el futuro, por las ideas puras y libres.

Con el renovado testimonio de mi amistad y de mi admiración, soy de usted afectuoso servidor,

ARMANDO SOLANO



En el río

(En México)